SS SERVICIO SECRETO
BB





FUEGO EN SAIGON

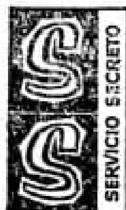
a. rolcest

FUEGO EN SAIGON

A. ROLCEST

FUEGO EN SAIGON

Col. SERVICIO SECRETO n.º 708
Publicación semanal
Aparece los MIERCOLES



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA - BUENOS AIRES - BOGOTA

DEPOSITO LEGAL B 139 - 1964

PRINTED IN SPAIN - IMPRESO EN ESPAÑA

1.ª EDICIÓN: MARZO - 1964

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.**
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1964

N. R. 6166/63

ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL

En Colección BISONTE:
843. — Pantera roja.

En Colección BUFALO:
537. — El ciclón del Mississipí.

En Colección SERVICIO SECRETO:
667. — Tumba cerrada.

En Colección CALIFORNIA:
386. — El póker de los tres demonios.

En Colección TEXAS:
384. — Los trofeos de Wodd City.

En Colección COLORADO:
271. — En la línea de tiro.

En Colección KANSAS:
275.— La trampa en la maleza.

En Colección ASES DEL OESTE:
244. — El látigo en alto.

En Colección BRAVO OESTE:
154. — Cuatro rebeldes.

En Colección METRALLA:
23. — Tregua en Bagdad.

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia

FUEGO EN SAIGÓN

por A. ROLCEST



CAPÍTULO PRIMERO

En una misma mañana, con una diferencia de minutos, iba a ver dos alardes de la Naturaleza, en tipos de mujer totalmente distintos.

Esto no hubiera tenido nada de particular en Saigón, donde confluían los prototipos de todas las razas, pero sí en aquel puesto avanzado que con sus alambradas canalizaba el hormiguero que surgía de la selva.

—Capitán: Tenemos a una compatriota de visita... Quiere hablar con usted —le anunció el sargento Sims.

Era un mal momento para visitas. El capitán Ray Newman, de las fuerzas especiales norteamericanas en Vietnam del Sur se quedó mirando la columna, ancha y gris, que se adelgazaba al entrar en los pasillos alambrados.

Los evacuados de los poblados situados en el interior de la selva llegaban en oleadas lentas y mudas.

La larga pista que se perdía por entre ondulaciones de vegetación tupida era una vena por dónde a golpes casi acompasados fluía la multitud en éxodo.

Hasta aquel momento Ray Newman, el jefe del puesto, había estado observando con gesto aburrido cómo sus subordinados, entre los que figuraban gran número de soldados vietnameses, efectuaban el registro de mochilas y complicados bultos con los que aquella pobre gente acarreaba los enseres de sus cabañas, ya destruidas por táctica militar.

La misión de aquel puesto era evitar que pasaran armas a la retaguardia.

—La visita vale la pena atenderla, capitán. Aparte de ser una mujer muy hermosa es periodista —agregó el sargento.

A la mente de Ray Newman apareció una calle de Saigón, de noche. Y su sangre galopó por la sensación de tener en sus brazos, estrechado contra su cuerpo, a una de las más fascinadoras muchachas con que nunca se había tropezado.

—¿Periodista? ¿Ha dicho el nombre?

—Maure.

—¡Ella! ¡Ocupa mi puesto, Sims!

—Sí, capitán. Ella aguarda en su chabola. La he invitado a que viniera aquí, pero me ha dicho que antes deseaba hablar con usted.

Ray se dirigió a la barraca destinada al jefe del puesto. De pie, con un cigarrillo en los labios, mirando las estampas que había clavadas en las paredes se encontraba una figura esbelta, de cabellos rubios, talle alto y prietas caderas.

Al oír pasos la joven se volvió. Sus ojos grises miraron unos momentos algo indecisos al oficial. Sus labios finos esbozaron una sonrisa.

—¿Ve cómo nos encontramos otra vez, capitán Newman?

—Cierto, aunque bastante más tarde y en lugar bien distinto de lo que yo esperaba.

Cuando se vieron por primera vez fue de noche, en uno de los arrabales de Saigón. Aquella joven parecía una turista en busca de emociones y unos indígenas daban el efecto de que iban a proporcionárselas con creces, al agredirla, en el momento en que pasaba Ray.

—Tuve que salir al día siguiente por cuestiones de la profesión —explicó Maure.

Ray hizo un gesto irónico. Sabía demasiado que se encontraba frente a una mujer de fuerte personalidad, demasiado segura de sí misma, y acostumbrada a tener paso libre en todas las situaciones.

—¿Es también una cuestión profesional lo que la ha traído aquí?

—¡Sí, capitán! —contestó, con súbita gravedad—. Preciso fotografiar esa columna de evacuados. Lo importante sería que ellos no me vieran. Lo esencial es la naturalidad con que los capte la cámara.

Ray Newman quedó unos momentos pensativo.

—¿Con qué fin pretende fotografiarlos?

—Soy periodista, capitán. ¿Lo olvida?

—No. Y tengo presente lo que me dijeron de usted en Saigón. De usted y de su periódico…

Ella lo miró inquieta.

—¿Algo malo?

—Según desde qué punto de vista. Su periódico censura las

disposiciones de Washington sobre nuestra forma de actuar. Quizá algunos de nosotros estemos conformes con ustedes, pero nosotros tenemos qué obedecer órdenes.

—Lo comprendo, capitán.

Ray extendió un brazo señalando afuera.

—Ahí está el resultado de una de nuestras intervenciones: la destrucción de unas cuantas aldeas y ahora el cachear a esa gente. Buen tema, ¿verdad?

La joven hizo un gesto de impaciencia.

—¡Capitán! ¡Temía haber llegado demasiado tarde!... No puedo perder tiempo. ¿Me autoriza para que el «jeep» que me ha traído se sitúe lo más cerca posible de las alambradas? Desde dentro del vehículo podré fotografiarlos sin que se den cuenta.

—Supongo que trae un permiso del mando.

—Desde luego.

—¿Quiere mostrármelo?

Ella intentó mirarlo severamente.

—¿Desconfía?

—Lo personal no cuenta ahora, señorita.

Maure le mostró un documento extendido por el mando de la zona.

—¿En regla? —preguntó, con ironía.

—En regla su documentación y en regla el que yo se la haya pedido. ¿A dónde quiere situar el «jeep»?

—Cerca de donde tienen ustedes el control.

El vehículo que había traído a la joven se encontraba a corta distancia de la barraca. Tenía las lonas bajas. Junto al volante había un soldado norteamericano.

—Bien. Sitúese donde mejor le parezca.

Parecía que la entrevista había terminado. Ray estaba satisfecho de haber mantenido aquella actitud un tanto irónica. Estaba convencido de que ella se merecía una cosa así.

La noche de Saigón, después del incidente con los «coolies», ella le pidió que la llevara a los sitios que habitualmente solía frecuentar un oficial con permiso. La aventura prometía tener un final muy agradable.

Por momentos, Maure parecía más interesada por conocer las costumbres de Ray, su vida de campaña, sus amistades... Y de pronto la joven mostró vivos deseos por regresar al hotel.

La despedida fue rápida, nerviosa, como si ella huyera de algo o de alguien.

Desde entonces habían transcurrido unas semanas. Ahora aparecía en el puesto avanzado con la pretensión de fotografiar a una multitud gris, que estaba viviendo una de las jornadas más deprimentes: la del éxodo.

Maure ya había salido de la barraca. Durante unos instantes Ray la tuvo

de espaldas y una vez más contempló los sugestivos contornos de su esbelta figura.

Repentinamente ella se volvió, con un brillo inusitado en los ojos grises:

—Capitán: Debo advertirle... que mi misión...

Pero algo debió sorprender en la expresión del oficial que la hizo desistir.

—¿Algo importante que comunicarme?

El brillo de los ojos grises fue extinguiéndose. Por unos momentos Maure dio el efecto de que miraba a Ray desde muy lejos. Y ese fue el efecto que dio su voz cuando contestó:

—No vale la pena.

Se alejó rápidamente de la barraca. El sargento Sims acudió al lado de Ray.

—Capitán: Una muchacha indígena pregunta por usted.

Señaló a la columna gris. Esta desfilaba lenta, silenciosa, sin que se oyera la más leve protesta por la forma un tanto atropellada con que los soldados procedían al registro.

Avanzaban con los bultos abiertos y cuando llegaban junto a los soldados los dejaban en tierra. Al momento el paquete quedaba convertido en un revoltijo de prendas de vestir, enseres domésticos y algún que otro pegote de arroz hervido salido de cualquier vasija.

—¿Una muchacha indígena? —y distraídamente siguió preguntando—: ¿Bonita?

—¡Hum! ¡Quizá demasiado!

La inesperada respuesta atrajo la atención de Ray.

—¿Cómo demasiado?

—Sí, capitán. Piel aceitunada, ojos oblicuos... pero endiabladamente hermosa. ¡Demasiado atractiva para andar por ahí suelta y vestida de esa forma! Es aquella que está de espaldas.

Indicó con el gesto a una fina figura que permanecía a una orilla de la carretera. Vestía pantalón y blusa negros, de tela muy tenue. El viento ceñía la ropa al cuerpo, moldeando su figura juvenil y bien proporcionada.

Evidentemente, tal como acababa de comentar el sargento, aquella muchacha resultaba algo insólito en un lugar donde parecía haberse dado cita todo lo achacoso y misérrimo.

Los soldados que montaban la guardia junto a la alambrada cercana adonde estaba la joven, permanecían con la vista fija en ella y unos a otros de vez en cuando se hacían significativos guiños.

—¿Dices que pregunta por mí?

—Sí, capitán. Y la situación no parece ningún engorro para ella. Con todo desparpajo me ha dicho: «Quiero hablar con su capitán». Lo ha dicho en un inglés muy gracioso.

—¿No ha indicado qué quería?

El sargento Sims puso una cara intencionadamente alelada. Torció la boca y parpadeó varias veces.

—Hum… Su sonrisa asiática era lo suficiente clara para que yo entendiera que lo que la traía aquí era estrictamente «confidencial».

Después de decirlo se arrepintió. Su superior acababa de hacer un gesto irritado.

—Bien, capitán… La mandaré al diablo.

—Vas a traerla aquí… Pero en tanto hablo con ella, permanecerás a unos cuantos pasos atento al «Código Bill».

—Sí, señor.

El «Código Bill» era un nombre convencional con que ellos designaban toda una serie de gestos y ademanes que pasaban inadvertidos para todo aquel que no estuviera en el secreto.

El sargento se alejó. Zigzagueó por entre montones de sacos terreros tras los que se hallaban emplazadas las ametralladoras, y al llegar a las alambradas hizo seña a la figura vestida de negro de que podía pasar.

Momentos después la muchacha se encontraba dentro de la posición. Seguida del sargento se encaminó hacia la barraca junto a la cual se encontraba Ray.

Este ya le había visto el rostro. Verdaderamente, la muchacha anamita era toda una belleza. Su rostro de piel aceitunada, de pómulos suaves, labios gordezuelos y nariz levemente aplastada, resplandecía bajo el brillo de sus ojos oblicuos, intensamente negros, y el casco de su cabellera azabache que en complicadas trenzas formaban una especie de diadema.

La leve blusa, desabrochada por arriba, mostraba la línea del seno. La muchacha avanzaba imprimiendo a su figura una ondulación cargada de sensualidad.

Ray se había recostado contra el marco de la puerta. Desde un principio la joven mantuvo una sonrisa llena de malicia, con la que seguramente pensaba presentarse al oficial.

Pero a medida que se acercaba a Ray, la impasibilidad con que este la miraba empezó a desanimarla.

—¿No me recuerda, capitán Newman?

En ese momento Ray estaba mirando hacia el «jeep» donde iba la periodista. El vehículo estaba alejándose para enfilar la pista desde mucho antes de llegar a las alambradas, seguramente para fotografiar a la columna que ya había pasado por el control y marchaba por una orilla de la carretera.

Al oír la pregunta pronunciada en un inglés que ya al sargento le había chocado, Ray acusó un movimiento de hombros. Y antes de contestar, hizo un gesto que también correspondía al «Código Bill». Entonces el sargento se retiró unos pasos.

—¡Cómo no he de recordarte, Lue Sikie!... Pero lo que me tiene sorprendido es verte aquí, y vestida de esa forma.

La muchacha entornó los fulgentes ojos negros y miró en dirección a la pista, por dónde ya iba el «jeep». De nuevo asomó a sus labios la sonrisa de antes. Pero ahora terminó en risa abierta. Y aparecieron dos hileras de dientes menudos y apretados, deslumbradoramente blancos.

—¡Todo está revuelto! ¿Por qué ha de chocarle que vista así?

Y con ambos brazos hizo el ademán de abarcarlo todo. Al levantarlos, las holgadas mangas se deslizaron hasta más arriba del codo, quedando al desnudo unos brazos delicadamente torneados.

—Con mayor motivo debías encontrarte en el «Gran Delta». En este río revuelto está la gran ocasión.

Ella lo miró inquieta.

—¿La ocasión de qué?

—De dar el golpe de suerte. Muchos han redondeado su fortuna en el río revuelto y se disponen a abandonar el país... Por cierto que ahora recuerdo a uno de tus adoradores más poderosos. Me refiero a aquel chino propietario de los mejores establecimientos de Saigón... Creo que se llamaba Lin Yi...

La anamita clavó en el rostro de Ray unos ojos inquisitivos.

—Sabes muy bien que se llama Lin Yi... Y has sido su invitado en una de sus fincas. Yo recuerdo haberte llevado una vez...

El tono con que ella le hablaba, hizo que Ray rompiera a reír.

—No he pretendido molestarte, Lue Sikie. Si he evocado a algún personaje de retaguardia, es por el descanso que me proporciona, después de tantas jornadas de ver miserias... En cuanto a Lin Yi, lo tenías convertido en un muñeco. ¿Cómo terminó aquello?

De nuevo la muchacha pareció acuchillarle el rostro con la mirada.

—¡Me equivoqué contigo, Ray! Te creía un amigo. Será mejor que me vaya.

Sus palabras habían perdido la agradable sonoridad del principio. Sonaban ahora hoscas, hostiles.

—¿Qué demonios te ocurre? Repito que no he querido ofenderte. Muchas veces hemos hablado de tus adoradores...

—Ahora es distinto, capitán —replicó ella, fríamente.

—¿Por qué?

La joven extendió un brazo, señalando a la multitud.

—En el palanquín que hay al final de la columna va mi anciano padre. Y yo deseaba que usted se encargara de su registro. Eso evitaría que algún soldado cometiera alguna desconsideración...

—No te preocupes. Tomaré el asunto por mí cuenta.

Lue Yi volvió a sonreír.

—¡Gracias, Ray!

Iba a marcharse, pero él le indicó:

—Quédate aquí. No tienes necesidad de cruzar de nuevo la alambrada.

Ray fue adonde estaba el sargento y le dio instrucciones. Momentos después, el palanquín llevado por dos asiáticos jóvenes y robustos, llegó al paso de las alambradas, custodiado por el sargento Sims.

El sargento miró en la dirección en que se encontraba su jefe. Alguna señal del «Código Bill» debió entrar en acción, hecha por el sargento, porque al instante Ray pareció tener prisa por separarse de la muchacha.

—Espera aquí.

La joven no dijo nada. Sus fulgentes ojos seguían fijos en la comitiva. Bajo la tenue blusa advertíanse los juveniles senos agitados por una acelerada respiración. Su bronceado rostro tenía ahora una extraña palidez.

El «jeep» se había detenido varias veces en la pista, tal vez para poder fotografiar con más cuidado a los que ya habían cruzado las alambradas.

El cambio de expresión que se había operado en la joven anamita no pasó inadvertido para Ray. Y mientras se dirigía hacia el palanquín, disimuladamente se desabrochó la funda que guardaba su pistola ametralladora.

—¡Ray! —llamó la joven.

Algo muy importante pareció pugnar por salir de sus labios. Pero como antes ocurrió con la joven occidental, apenas encontrarse con el gesto irónico del oficial desistió.

—Nada urgente. Luego te lo diré —se apresuró a añadir Lue Sikie.

Ray siguió adelante. A una seña suya, el palanquín quedó en el suelo.

Tan pronto los porteadores asiáticos se incorporaron, una orden del «Código Bill» entró en acción y dos subordinados de Ray apoyaron el cañón del fusil en la espalda de los indígenas, conminándolos a que permanecieran quietos.

Ninguno de los porteadores mostró el más leve signo de extrañeza. Obedecieron, manteniendo los brazos colgando sobre sus holgadas vestiduras negras.

El sargento, que se encontraba a corta distancia del palanquín, un poco retrasado de manera que podía ver el interior en sentido transversal, fue quien dio la voz de alerta.

—¡Cuidado, capitán…!

Fue en el mismo instante en que por un ángulo de la abertura asomaba el cañón de una pistola que, girando rápida, quedó encarada al oficial.

De su negro orificio llegó a salir un proyectil, que pasó rozando un brazo de Ray.

En el mismo instante en que se producía el disparo, Ray hizo un esguince y la bala fue a clavarse en una jamba de la pequeña ventana que había junto a la puerta de una barraca.

En ese momento, Lue Sikie, ahogando una exclamación, retrocedió para meterse en la barraca que servía de despacho al jefe del puesto.

Del fusil del sargento Sims salieron dos ráfagas y el interior del palanquín crepitó. La pistola que asomaba por un ángulo cayó al suelo y el individuo que iba dentro pareció hacer una reverencia, asomando medio cuerpo.

De entre la multitud arremolinada al otro lado de las alambradas surgieron varios disparos. Y como si eso fuera la señal, los dos porteadores, hasta este momento inmóviles, dieron un salto. En sus manos apareció un relumbre de acero.

Ray, dando pruebas de una gran serenidad, disparó dos veces, contra uno y otro, con riesgo de que el menor desvío alcanzase a alguno de sus soldados, quienes cogidos de sorpresa habían perdido la ventaja que tenían al principio.

El peligro inmediato quedó instantáneamente despejado pero aumentó el que provenía de la pista. La multitud había iniciado un movimiento de retroceso, pero súbitamente, como si tropezase con ingentes acantilados, se detuvo. Se advirtió un forcejeo, a un lado y otro, pero apenas se movían del sitio.

Ray se dio cuenta enseguida de lo que sucedía. Los agresores se escudaban en la multitud impidiendo con ello que los soldados hiciesen funcionar sus armas.

Frente a las alambradas quedó una zona despejada, en la que se veían infinidad de paquetes abandonados, algún que otro carrito atestado de bultos y seres caídos de bruces, inmovilizados por el pánico.

Únicamente los que ya se encontraban al otro lado de las alambradas corrían como enloquecidos, como si temiesen que el punto de salvación tras el que habían estado yendo durante tantas jornadas fuese a desvanecerse.

Ray fue rápido en circular órdenes. Los soldados, parapetados, tras los sacos terreros, mantenían las armas encaradas hacia la multitud.

Por distintos puntos salieron dos pelotones que rodearon a la masa en éxodo. Los disparos amainaron.

Ray observaba desde uno de los parapetos. Durante los primeros momentos de la refriega le había preocupado el «jeep». Pero el vehículo, a los primeros disparos, dio la vuelta y emprendió la huida.

Otra oleada de gente venía por la pista. Se mezclarían. Y aunque así no ocurriese, nadie se atrevería a señalar a los que habían intervenido en la refriega. Coger a todos los cómplices era como coger todos los granos de un puñado de sal echado en la arena.

La nueva oleada avanzaba lenta, muda, dando el efecto de un torrente de lava, incontenible e inexorable.

—¡Volved a los parapetos! —ordenó Ray a sus subordinados.

Era preferible que aquella masa se adelgazara por los estrechos pasillos alambrados. El desfile debía continuar. La misión de aquel puesto era que no pasaran armas. En cuanto a la refriega que acababan de sufrir, era una mera salpicadura de la tensa situación que vivían.

En el palanquín seguía asomado su ocupante, con el rostro pegado al suelo, besando una gran lámina de sangre.

Ray se acercó. Iba a inclinarse para recoger la pistola con la que le había disparado, cuando miró atrás y vio centrada en la puerta de su barraca la fina silueta de Lue Sikie.

Se encaminó hacia ella. La piel de su rostro, extremadamente tersa, parecía transparentar, los huesos. La muchacha miraba fijamente al oficial.

—¡Tu «honorable» padre! —rugió Ray.

—¡Yo te juro...!

Se interrumpió, para retorcerse las manos en un ademán de impotencia. De pronto dio media vuelta y se metió en la barraca.

—¡Sigue! —la instó Ray.

—¡No me creerás!

—¿Por qué no? Llevo aquí el suficiente tiempo para tener la clave con que interpretar vuestra forma oriental de expresar las cosas.

—¡Nuestra forma «oriental»!... ¿Conoces ya la «occidental»?

Volvió a situarse en la puerta y se quedó mirando a la pista.

—Cuando la he visto salir de esta barraca he empezado a entrever que me habían utilizado para algo más que para recibir del jefe de este puesto un trato de favor —manifestó Lue Sikie. A mí me dijeron que se pretendía pasar un alijo de armas.

Ray soltó una risa llena de cólera.

—¡Bo es momento para majaderías! ¡Pasar armas!

¡Saigón es un arsenal en poder de los rebeldes!

Lue Sikie inclinó la cabeza y repitió:

—Me dijeron que para pasar armas... Pero ahora me doy cuenta de que esos disparos iban tanto contra ti, como contra mí, de no haberme tú mandado que me quedara en esta barraca —y tras una pausa, agregó—: Quizá iban también contra tu «dama yanqui».

—¡Es una periodista!... Y su comportamiento no puede merecer la hostilidad de los rebeldes, porque los defiende.

—¿De veras?

El rostro y el tono de la muchacha anamita no podía reflejar mayor burla.

—¿Qué sabes de esa mujer? —preguntó Ray.

—¿Y tú?

El oficial refirió que la salvó de un atropello. Pero una carcajada de Lue Sikie le impidió seguir.

—¡Fue un truco para trabar amistad contigo...!

¡Y se interesó por tu forma de vivir! Por tus amistades… Y la trajiste al «Gran Delta».

—Es cierto. Quise que apreciara tu arte como danzarina, y tu belleza. ¿Tiene eso algo de malo?

Lue Sikie le dirigió una penetrante mirada.

—Ella buscaba conocerme y tú le hiciste el juego. Vino al «Gran Delta» después que se terminó tu permiso.

—¡No! —gritó Ray.

Pero estaba convencido de que era Verdad. Ray se quedó mirando la pista por dónde había desaparecido el «jeep».

—¿Para qué fue al club? —preguntó Ray.

—Para hablar conmigo. Me preguntó si el infortunado teniente Gerson iba por el «Delta». Le dije que sí. También quiso saber si el teniente se interesó por mí…

—¿Le dijiste la verdad? El teniente Gerson estaba loco por ti.

Esto pareció hacer dañó a la joven anamita. Después de un gesto de amargura se volvió, para mirar fieramente a Ray.

—No tanto como otros… ¡que maldito lo que me importan!

—Ya has dado una prueba, Lue Sikie. Nos creíamos buenos amigos y acabas de prestarte para encerrarme en una miserable trampa.

La cogió fuertemente de los brazos y la zarandeó.

—¡Tu cara de muñeca tiene que soltar de una vez la máscara!… ¡En ti solo hay odio a los de mi raza!

—¡Yo no quería tu daño, Ray! —murmuró, sin ofrecer resistencia a la presión que él ejercía sobre su delicado cuerpo—. Se me dijo que interesaba pasar armas. No podía negarme a ayudarles.

—¿Por qué? —preguntó, empujándola contra una pared.

Durante unos momentos permaneció con la cabeza inclinada. Cuando la levantó mostró un rostro desencajado.

—¿Por qué? —preguntó ella a su vez, con extraña entonación.

No era necesaria la respuesta. Al entornar los ojos el corte oblicuo se acentuó. El signo más característico de la diferencia de raza pareció extender una alambrada entre el occidental y la muchacha asiática.

—¡No podía negarme!… Pero nadie me dio a entender que buscaban tu muerte.

Que saliera de los gordezuelos labios de la anamita fue lo que acabó de perfilar algo que hasta aquel momento se había presentado confuso. Aquellos disparos, el recurso del palanquín no había tenido más objeto que eliminarle.

Quedó unos momentos callado, poniendo en orden sus ideas. En el instante en que se disponía a acosar a la muchacha con una serie de preguntas cuál más grave sonó el timbre del teléfono…

CAPÍTULO II

La llamada procedía del mando. Le anunciaban que en aquel momento salían fuerzas para relevarle.

Para Ray esta noticia no tenía nada de particular. Lo extraño lo encontró cuando le notificaron que, tan pronto hubiese sido relevado, mandase a sus subordinados al cuartel en tanto Ray debía presentarse ante sus superiores, en Saigón, «procurando las máximas precauciones».

En el momento de dar por terminada la conferencia, insistieron:

—... «Y tenga en cuenta tomar las máximas precauciones al salir de ese puesto. Su vida peligra, capitán Newman...»

—Gracias —contestó Ray, con un matiz mordaz.

Empezó a pasearse por el reducido espacio que quedaba libre dentro de la barraca. La muchacha permanecía sentada en una silla, con las piernas juntas, las manos cruzadas sobre las rodillas, la cabeza un poco inclinada.

Ray se paró de pronto detrás de ella. Se quedó mirando su fina nuca y la brillante corona formada por las trenzas.

—Nunca imaginé que nuestra amistad tuviera este final —dijo, como dolido—. Claro que fue porque nunca quise creer que muchachas tan bonitas como tú tuvieran en un club nocturno más misión que entretener a aburridos hombres de negocios y a oficiales con permiso...

Se interrumpió, ante algo que acababa de irrumpir en su mente.

—Has dicho que la periodista se interesó por el teniente Gerson.

—Así es.

—¿Qué quería saber? La forma en que murió es demasiado conocida.

—Ella no pareció creer la versión oficial. El helicóptero iba a tu campamento... en «misión secreta».

Ray se le colocó delante, con gesto de sorpresa.

—¿Cómo demonios lo sabes?

—Ella lo dijo. Pero ella me dio a entender que no lo creía. Tenía la convicción de que fue una maniobra sucia... de parte tuya. Piensa que pudisteis salir en socorro del helicóptero antes de que los guerrilleros les exterminaran.

El primer impulso de Ray fue reír como ante un absurdo. Pensó que la muchacha anamita recurría a aquella estratagema para aturdirlo.

Pero nunca la vio con expresión más grave y sincera.

—¿Por qué había de hacer esa monstruosidad?

—Ella te suponía celoso... del teniente Gerson y del capitán Caldwell. Los dos iban en el helicóptero.

—¿Celoso? ¿De ti?

Ray no se dio cuenta del daño que hacía por la sorpresa con que lo preguntaba.

—No es un secreto para nadie que es muy difícil que me enamore —dijo Ray, como si hablara solo—. Te cortejé como otros compañeros... Pero una vez que intenté besarte me pareció ver en tus ojos una gran distancia entre tú y yo. No me gusta acariciar cuerpos poco menos que muertos, Lue Sikie... Y te lo dije. ¿Desde entonces he vuelto a molestarte? ¡Contesta!

La joven anamita movió la cabeza. Luego manifestó:

—Le dije a esa mujer que era lo más estúpido que podía haber pensado... Pero no me creyó. O simuló no creerme. El servicio de contraespionaje está tras de ella... Y hoy ha venido aquí para entrar en la misma encerrona en que tú y yo íbamos a caer.

Se puso de pie, con el rostro contraído. Ray iba a replicar que no se esforzara en hacerle creer que los que dispararon iban también contra ella, cuando recordó que fue por iniciativa de él que Lue Sikie se quedara en la barraca.

De ser ella culpable, tuvo tiempo de huir mezclada en la multitud, aprovechando el momento de la refriega.

—Lue Sikie: Creo que antes de que te presente a mis superiores debías decirme la verdad... Aunque reconocieras que venías con el propósito de que me mataran, no te guardaría rencor. Son demasiadas cosas las que nos separan para tomarlo en cuenta.

La muchacha lo miraba en silencio y algo muy amargo apareció en sus ojos.

Un soldado apareció en la puerta de la barraca.

—Capitán: Dos camiones con fuerzas están entrando en el puesto.

—Es el relevo. Dile al sargento que interrumpa el paso de evacuados.

—Sí, señor.

Apenas marcharse el soldado, Ray se quedó en la puerta, mirando en dirección a los dos camiones que estaban llegando.

Pasos sigilosos advirtió a sus espaldas. Pero no se volvió.

En la cintura quedó apoyado el cañón de una pistola.

—¡Yo nada sabía de esto, Ray!... ¡Déjame salir y te prometo...!

Tan juntos se hallaban uno al otro, que Ray advertía las palpitaciones de la joven anamita. El cañón de la pistola se deslizó, buscándole un costado, para poder Lue Sikie imprimir con más fuerza la juventud de su cuerpo en la sangre de Ray.

—Así como estamos... te mataré... si no me dejas escapar. ¡No tengo más remedio! ¡Déjame huir... y haré que la «dama yanqui» vea la verdad que rehúye mirar! ¡No es periodista, Ray!... ¡Está aquí para averiguar lo que motivó la muerte del teniente Gerson! ¡Pero no quiere llegar al fondo del asunto y prefiere achacarlo a celos tuyos!... ¡Te perderá, Ray! ¡Te calumniará... con tal de dejar libre de mancha el nombre del teniente...!

Ray permaneció inmóvil, sin apartar la mirada de los camiones. Los soldados habían empezado a saltar a tierra. En los parapetos, dando muestras de alegría, asomaron los soldados que esperaban el relevo.

De la cabina de uno de los camiones descendió un oficial. Al reconocerle, Ray dijo:

—El capitán Dornay, otro de tus adoradores.

Dejó de notar la presión de la pistola. Pero Ray siguió sin volverse.

—El seguramente te dejará escapar —siguió Ray—. Es tu gran momento, Lue Sikie. Dispara y él quizá huya contigo. Torcerás el destino de otro soldado, como seguramente hiciste con el teniente Gerson y el capitán Caldwell.

La muchacha fue retrocediendo. Ray se volvió con lentitud.

—Eres valiente, Ray… Pero no has debido sentirte tan seguro de que yo no te podía matar.

Los ojos de la anamita reflejaban un estupor casi infantil. Ray se le acercó y le quitó la pistola.

—¿Lamentas no haber disparado?

Ella levantó la mirada y la fijó en la de él, una mirada lenta, profunda, de la que fluía algo extraño. Ray la cogió de los hombros, irritado consigo mismo.

—¿Qué demonios te ocurre? ¡Cuando uno juega y pierde, lo menos que debe hacer es encajar el golpe con elegancia…!

En ese momento se oyó fuera la voz del capitán Dornay.

—¡Eh, Ray! ¿Qué demonios ha ocurrido aquí?

Ray soltó a la muchacha.

—No te muevas de aquí —le indicó, en voz muy baja.

Salió, dejando la puerta entornada. Ya fuera se puso a reír.

—Hola, Dornay.

El otro oficial permanecía observando el palanquín y los cadáveres. Con gesto atónito miró a su amigo.

—¿Qué ha sucedido?

—Revolver en la basura tiene esos gajes. Cuando menos te lo figuras tocas un fulminante.

Cogió de un brazo a su amigo y lo encaminó hacia donde estaban los camiones. Después de oír de Ray la misión que tenía que realizar, Dornay se puso a maldecir.

—¡El diablo me lleve! ¿A toda esa gente hay que registrar? ¡Qué absurdo trabajo! Cualquier casa de Hue o de Saigón es un arsenal. ¡Qué modo de perder el tiempo…!

—Ordenes son órdenes… Espera unos momentos —y Ray se encaminó adonde estaba el sargento Sims.

Hablaron unos instantes, muy bajo. Momentos después el sargento, con todo el correaje puesto y la mochila a la espalda, se dirigió a la barraca

donde estaba Lue Sikie.

Los camiones se hallaban vacíos y Ray dio órdenes a los conductores para que pusieran los vehículos en dirección de salida.

—No se muevan de aquí. Salimos enseguida.

—¡Vaya prisa! —exclamó el capitán Dornay.

—Los muchachos están impacientes.

—Pero, ¿vas a dejarme esa herencia? —y con el gesto indicó el sitio donde estaban los cadáveres.

—No te preocupes. Manda trasladarlos a una barraca, hasta que el mando decida.

Ray hizo que su amigo se encaminara hacia los pasillos de control. El nuevo jefe del puesto cada vez estaba más impresionado por aquella imponente masa que aguardaba al otro lado de las alambradas, todos con una faz que parecía idéntica; todos con la misma impasibilidad, con el mismo enigma en los ojos oblicuos.

—Vienen a este otro lado de las alambradas para que los protejamos —comentó Dornay—. Pero en realidad, todos ellos nos están apuñalando con la mirada y el pensamiento.

En ningún momento cometió Ray la imprudencia de salir de la defensa que ofrecían las pilas de sacos.

—Ten eso en cuenta y no te confíes en ningún momento. En poco ha estado que no se deshicieran de mí.

Dornay quedó pensativo.

—No me lo explico. Tienen ocasiones de sobra para esa clase de atentados, si es que unos pobres diablos como nosotros merecemos ese honor… ¡Pero escucha, Ray…!

Se interrumpió, atendiendo el fárrago de ideas que acababa de levantarse en su cerebro. Ray no lo miraba. Se encontraba de cara a la barraca de la que acababan de salir el sargento Sims y Lue Sikie. Se dirigían a los camiones.

—¡Ray! ¡Estoy pensando… que quizá esos individuos buscaban tu cabeza! —indicó los cadáveres.

Ray hizo una mueca y con el gesto indicó la fila de evacuados que marchaba carretera adelante.

—Posiblemente haya más confundidos en esa multitud. Parece que no solamente venían en mi busca… Tenemos en la zona a una compatriota, periodista. Estaba aquí, fotografiándolos…

—¡La señorita Maure! —exclamó Dornay—. Me he cruzado con su «jeep». Se ha detenido unos momentos. Estaba muy afectada… Me ha rogado que nos diéramos prisa en llegar. El conductor del «jeep» me señaló algunos impactos que había en la carrocería. ¡Es valiente esa muchacha! Tanto como hermosa.

Ray no podía olvidar que en Saigón se hiciera la encontradiza

utilizando la teatralidad de una agresión de los «coolies».

—¡Así le den un escarmiento! Si ha venido en busca de emociones, ya las tiene.

—No, Ray. Está aquí colaborando estrechamente con el Departamento de Información. Y el que hayan disparado estando ella aquí, confirma mis sospechas. Tú y ella estáis relacionados en el mismo asunto...

—¡Yo qué demonios...! —empezó a protestar Ray.

—El asunto de los helicópteros.

Ya eran varios los aparatos norteamericanos que desaparecían en la jungla, sin dejar rastro, excepto uno: el que transportaba al teniente Gerson y al capitán Caldwell.

Cayó en el sector que comandaba Ray. Este no pudo hacer otra cosa que evitar que una partida de guerrilleros se llevaran las armas y cuantos objetos de valor había en el aparato. Ahuyentar al enemigo y enterrar a los muertos, eso fue todo lo que Ray había hecho.

—¡Es curioso! —exclamó, sardónico—. Por enterrar a unos compañeros de armas, los indígenas quieren eliminarme. Por no haber podido hacer más que darles tierra, nuestra engreída compatriota viene a pedirme cuentas...

—¿Ha venido Maure a pedirte cuentas? ¿De qué?

—No hubo tiempo para entrar en explicaciones.

El capitán Dornay permaneció unos momentos pensativo.

—Esa mujer es preciosa, te lo aseguro.

—¿La conoces? —preguntó Ray, irónico.

—Ha estado unas cuantas veces en la base. No para un momento. De un aeródromo a otro. De repente te la ves en un «jeep», internándose en la selva. Busca a todos los que tuvieron relación con el teniente Gerson y el capitán Caldwell. Pero es el teniente el que más le interesa. Tan pronto averigua que alguien posee algún objeto que haya pertenecido a Gerson, va en su busca y se hace con el objeto, por poca importancia que tenga. Algunos hemos pensado... que debe haber un motivo sentimental. Si es así, nos hemos equivocado muchos al juzgar al teniente Gerson nada más que un botarate presumido. Era además un idiota. ¡Teniendo a una muchacha como Maure, interesada por sus pasos, venirse a estas selvas...!

Se interrumpió, al advertir el gesto de disgusto que hacía Ray. Tras una pausa, se disculpó.



—¡Te abofetearé!

—Sé que está mal lo que he dicho… Tú eras quien más toleraba a ese botarate…

—¡Déjalo en paz, Dornay! Era un buen chico.

—¿Sí? Pues te pagaba muy mal tu lealtad. Ahora que ya está muerto puedo decirlo. Todo lo que tú hacías en Saigón, las relaciones que tenías con los del país, lo chivaba al mando. Era un envidioso estúpido. Sobre todo en cuestión de mujeres, nunca te perdonó que adonde fuerais juntos, no resultara el preferido.

Ray miraba hacia la cabina del primer camión donde acababa de subir Lue Sikie.

—Y esto no son invenciones mías —prosiguió Dornay—. Las veces que hemos ido juntos al «Gran Delta», en Saigón, he podido comprobarlo apenas aparecía la endemoniada danzarina… Todos estábamos enamorados de ella, pero nadie pensó en odiar al preferido de Lue Sikie —y se quedó mirando a su amigo.

—¿Al preferido? —preguntó, distraído—. Lue Sikie nunca ha tenido preferidos. Ella va a lo suyo. Lin Yi, el millonario, era quien se encontraba en mejor situación para resultar el preferido.

Dornay ensombreció el rostro.

—¡Vete al diablo, Ray!… Todos nos dimos cuenta que eras tú quien le interesaba, quizá porque no la acosabas como los otros, o porque no la mirabas con ojos de cordero degollado como y… ¡Qué maravillosa criatura! ¡Qué manera de cimbrear su condenado cuerpo, cuando envuelta en un tul, nos salía a la pista!… ¡Era un veneno! ¡Todavía lo es! ¡Aquí la tenemos todos las que la hemos visto! —y se puso la mano en la frente.

Ray lo miraba receloso. Temía que fuese una artimaña para ver si estaba dispuesto a confesar que Lue Sikie había constituido el eje de la refriega que acababa de producirse en su puesto.

Pero enseguida se dio cuenta de que Dornay hablaba con sinceridad.

—En mi último permiso fui al «Delta». Allí ya no trabajaba Lue Sikie, ni nada sabían de ella… Casi es mejor que haya desaparecido —concluyó, desalentado.

Ya la tropa se encontraba en los camiones. Dornay se quedó mirando de frente a Ray.

—Por lo que he oído en la base, creo que te van a destinar a un servicio de retaguardia…

—¿Qué te hace pensar que va a ocurrir eso?

—El coronel Hubbard y un jefe de información me han interrogado esta mañana sobre tus relaciones y las mías. Todo esto creo que es un «regalito» que te dejó el teniente Gerson… Pero no te preocupes, Ray. Si hubiera complicaciones, me tendrás a tu lado. Así se lo he dado a entender al coronel…

Ray trató de disimular el efecto que lo dicho por su amigo le había hecho. Y riendo, manifestó:

—¡Ojalá te releven pronto!... Siempre hemos sido buenos compañeros de juerga y creo que los días que voy a pasar en Saigón van a ser entretenidos. Tan pronto el mando me dé una oportunidad, te echaré un cable.

—¡Y no te pesará, Ray! —contestó Dornay, con honda convicción, la mirada ausente.

A partir de ese momento ya no hablaron nada más que del servicio. El personal de los parapetos ya había sido sustituido.

A la hora de partir, Ray montó en la cabina donde estaba Lue Sikie.

El conductor se encontraba en aquellos momentos revisando los neumáticos.

—Yo, tan pronto deje a la tropa en la base, he de presentarme en Saigón... Te propongo un trato, Lue Sikie. ¿Si te doy la oportunidad de escapar, acudirás a Saigón?

—¿Para qué?

—Tú has dicho que los que hoy han disparado buscaban también tu cabeza.

—¡Y es verdad!

—Habrá muchas cosas que explicarnos... Pero si te llevo conmigo, nuestros enemigos se darán cuenta y luego ya no podrás ayudarme. Decídelo... ¿Podrías ir segura perdida en esa multitud?

Señaló a la fila de indígenas que iba por un lado de la carretera.

—¡Sí! —y los ojos de la anamita resplandecieron—. Los que atacaron lo hicieron a traición y si quedaba alguno habrá escapado. Cuantos van allí son gente de la que me puedo fiar. Están esperando una señal mía para sacrificarse en una revuelta y darme la oportunidad de que escape.

—No es necesario. Voy a bajar de la cabina... Salta en el momento oportuno.

Iba a descender. Al asomarse y ver que ningún subordinado podía saber lo que ocurría en la cabina, se inclinó sobre los labios de la muchacha y los besó.

—En Saigón tú dispondrás de más medios que yo para señalar un sitio donde reunimos —dijo Ray.

La muchacha permaneció inmóvil, como si la caricia y las palabras de Ray no las hubiera siquiera advertido. Pero esta pasividad se convirtió de repente en una acción vertiginosa. Tan pronto Ray bajó de la cabina, la muchacha saltó por el otro lado y echó a correr, primero como no sabiendo a dónde ir, avanzando, retrocediendo, cambiando de dirección varias veces.

La fila de evacuados respondió a la consigna y todos se esparcieron, llenando la pista.

En unos instantes se formó un verdadero caos. Para colmo, en las alambradas ya había empezado el discurrir de la gente, otra vez la compuerta abierta. El capitán Dornay quería terminar cuanto antes y dio orden a sus subordinados de que no se andaran en minuciosidades.

Ray, por medio del «Código Bill», advirtió al sargento Sims que los soldados se limitaran a hacer un simulacro de búsqueda.

Saltaron de los camiones a una voz del sargento. Pero apenas tocar tierra, volvieron a montar.

—Lo que importa es salir de este barrizal —dijo Ray—. Después de todo no íbamos a encontrarla. A estas horas ya habrá cambiado de indumentaria.

Ya en el momento de marcha, el sargento se acercó a Ray.

—¿Puedo preguntar si el soltarla… estaba convenido con el mando?

—Ha sido decisión mía —contestó Ray, humorístico—. Si no sale bien, sufriré las consecuencias.

CAPÍTULO III

Cuando Ray se presentó ante el coronel Hubbard, ya en Saigón, el superior frunció las cejas. Su mirada se clavó en el ángulo de la habitación que tenía en la derecha. Luego, en el de la izquierda.

Como respuesta al saludo del oficial, gruñó:

—¿Qué diablos le ocurre? ¿Es que desea morir, capitán?

Entendiendo que se refería al dramático incidente del control de evacuados, contestó:

—Aunque recelaba que algo iba mal, entendí que lo mejor era dejarlos hacer.

—¡Pudo costarle caro! ¡Sé cómo ocurrió todo! Y usted lo mismo que yo estamos costando demasiado dinero a los contribuyentes de nuestro país para que bonitamente dispongamos de nuestras vidas. Cierre esa puerta con pasador y siéntese a este lado.

Ray obedeció en lo que se refería a cerrar. Pero distraídamente iba a sentarse dando la espalda a la puerta.

—He dicho a este lado —advirtió el coronel—. En toda puerta, cerrada o abierta, debe ver una línea de tiro… ¿No se sonríe?

—¿Por qué, señor?

—Usted está avezado a luchar en campo abierto y esto le parecerá grotesco. Pero imagine esta retaguardia llena de gente que sonríe, una intrincada jungla avivada de guerrilleros, y se evitará algunas sorpresas. He de comunicarle que ha estado usted sirviendo de cebo sin saberlo. Lo destinamos al puesto de control con la esperanza de que «alguien» asomara por allí.

—Por falta de gente no podrán quejarse —comentó Ray, sin molestarse en evitar un matiz irónico—. Hasta periodistas guapas…

—Deje en paz ahora a la señorita Maure. Es una cuestión tabú.

El rostro de Ray se contrajo, en una expresión irritada.

—Antes de salir para el frente, dejé en mi pensión algún equipaje. Al regresar me he encontrado con que mis maletas han sido registradas… por esa mujer. ¿Y hablar de ella ha de ser tabú? —su voz se hizo ronca.

—Por ahora, sí.

Ray hizo una mueca y se quedó mirando fijamente al centro de la mesa escritorio.

—¿En qué piensa? ¿Acaso en la treta de los «coolies»? —preguntó el superior, con sorna.

—¡Pues ha acertado, coronel!… Pensaba en que me gustaría tener la oportunidad de echarle otra vez una mano…

—Quizá llegue eso —enseguida el coronel cambió de tono. Ya en actitud cordial, le tendió una mano:

—¡Bienvenido!... Pero he de censurarle que no obedeciera mis indicaciones. Le recalqué que llevara muchas precauciones al venir aquí. Y usted se me ha puesto a deambular por los barrios menos recomendables.

Ray sonrió.

—Me sabía protegido.

—¿Por quién?

—Por los que ustedes echaron tras de mí desde que me separé de mis soldados.

—¿Sí? En la compañía ya tenía usted quien le protegía —reveló el coronel.

Para Ray fue una verdadera sorpresa.

—Fue la condición que impuse al jefe del departamento de información —se apresuró a explicar el coronel—. Me estaba sacando de quicio que utilizaran a mis oficiales como carnada. Y bien, Ray: ¿Qué le impulsó dejar escapar a la joven anamita?

Era la pregunta que Ray estaba esperando desde que entró en el despacho.

—Pensé que era el momento de realizar mi juego. Hasta ahora he sido instrumento de los demás... Y no me diga que cumplía órdenes, porque nadie se tomó la molestia de indicarme que debía ayudar a una periodista rubia que era atacada por unos «coolies», como tampoco me avisaron que en el puesta de control debía cuidarme de los que vinieran en plan amistoso. De repente me he enterado que el haber intervenido en enterrar los restos de los que iban en el helicóptero que cayó tiempo atrás en mi sector, era cosa comprometida.

—Era muy importante recoger todo cuanto iba a bordo.

—Todo se envió, coronel.

—Lo más importante parecía haberse perdido.

—¿Qué era?

—Un microfilm que llevaba el teniente Gerson cuando volaba sobre su sector. El servicio de información tuvo que hacer investigaciones muy cautelosamente, para evitar que la caza se espantara.

Ray entornó los ojos, mirando fijamente a su superior.

—¿Quiere decir... que el lanzarme al paso a la periodista rubia, y el registrar mi equipaje, era porque se desconfiaba de mí?

—Cuando ocurre un crimen, el buen policía, a partir de haberse interrogado a sí mismo, debe desconfiar de todos los demás...

El coronel se levantó dirigiéndose a una puerta que había en un lado del despacho. Era más pequeña que la que utilizó Ray al entrar.

Apenas abrir, asomó un hombre de unos cuarenta años, de mirada penetrante.

—El inspector Warner... El capitán Newman.

—El inspector ya debe conocerme —dijo Ray, mordaz.

El jefe de contraespionaje siguió impasible, mirando a Ray.

—Cierto: Lo conocía, capitán —le tendió una mano. Y dirigiéndose al coronel—: No podemos perder tiempo. Todo está a punto.

—Pues vamos —y dirigiéndose a Ray—: El microfilm apareció. Y ahora es necesario que usted vea su proyección.

Por la puerta que entró el inspector, salieron los tres. Llegaron a un largo corredor. Al final había una puerta que estaba entornada. Dos soldados con uniforme de aviación permanecían de guardia.

El otro corredor transversal había más hombres uniformados, aguardando ante puertas cerradas.

Antes de que llegaran a la puerta entornada, uno de los que estaban de guardia abrió. Entró primero el jefe de contraespionaje. Luego, el coronel cogió de un brazo a Ray y dijo:

—Yo le guiaré para que no tropiece con los muebles.

Lo condujo adonde había dos sillones y se sentaron.

—Desde aquí lo veremos perfectamente —comentó el coronel, repantigándose.

Ray se dio cuenta enseguida de que en aquella habitación había más gente, en los sillones que quedaban atrás.

La puerta quedó cerrada y en la habitación no hubo más luz que la que proyectaba una lámpara roja situada junto al proyector.

Alrededor del aparato estaba el que lo manipulaba y el inspector Warner. Permanecieron unos momentos cuchicheando. Luego el inspector fue a sentarse cerca de donde estaban Ray y el coronel.

—Antes de empezar la proyección preciso aclarar algo. En primer lugar quiero anticiparles que no van a ver el esquema de ningún arma secreta ni tampoco el mapa de alguna posición enemiga. Simplemente, van a contemplar las fotos que podrían encontrar en cualquier álbum hogareño. Aclarado esto, puede empezar la proyección, Talbot.

—Sí, inspector —contestó el que manipulaba el aparato.

La primera imagen que apareció fue la vista de una esplendorosa villa, a orillas de un río. La vegetación era lo suficiente definida para saber a qué atenerse con respecto a su situación geográfica.

—¿Les gusta esa mansión? —preguntó el inspector—. Se presta para unas buenas vacaciones... Si alguno de ustedes ha localizado esa finca, que se lo calle. Al final resumiremos... ¿Desea alguno que siga esta imagen?

Nadie contestó. El coronel miró a Ray, y le susurró al oído:

—¿Esa finca le dice algo?

Ray asintió con un movimiento de cabeza.

—Otra imagen, Talbot —pidió el inspector.

La segunda proyección fue algo que Ray no pudo entender. Era una

forma curvada, llena de dibujos. Pero la fotografía estaba desenfocada y no se podían precisar los manchones que aparecían en ella.

—¿Nadie le dice nada? —preguntó el inspector. Y sin esperar respuesta agregó—: Tengan un poco de paciencia. ¡Cambie, Talbot!

La tercera imagen era la vista de una sala en plena fiesta. Varias parejas bailando. Elegantes damas occidentales y caballeros con traje de etiqueta. Se veían algunos uniformes del ejército vietnamita, y norteamericano.

—¡Qué lástima que esté tomada de tan lejos! —comentó el coronel.

—¿Por qué? —preguntó el inspector.

—Por si reconocíamos a algún oficial. Desde luego puedo jurar que no he asistido a ningún baile desde que era cadete. ¿Y usted, Ray?

—Siempre que tengo oportunidad.

—¿Ha estado ahí?

—Sí, señor.

—¡Por favor, señores! —saltó el inspector—. Habrá ocasión para cambiar impresiones... En cuanto a que las caras aparezcan ampliadas, su deseo se verá satisfecho, coronel. ¡A ello, Talbot!

A partir de ese momento las imágenes se sucedían rápidamente. Eran enormes cabezas, en toscos primeros planos. Apenas sí podían precisarse los rasgos de cada rostro.

Ninguna de las imágenes suscitaba el menor comentario. De pronto Ray gritó:

—¡Esperen!

El que estaba manipulando el proyector ya había puesto otra.

—¿Qué ocurre, capitán? —preguntó el jefe de contraespionaje.

—Quiero esa cara otra vez.

—¿La última?

—¡Sí!

—Ya lo ha oído, Talbot.

Y de nuevo apareció una cara cogida de perfil, de nariz aguileña y pronunciado mentón.

—¡Coronel! ¿Nada le dicen esos rasgos? —preguntó Ray.

—En absoluto —contestó el coronel—. ¿Y a usted?

—Sí... Creo... —balbuceó Ray.

—¡Luego, luego hablaremos de ello! —cortó el inspector.

—Hay algo que no puedo aplazar un solo momento —dijo Ray, en tono irritado por aquel jugar al misterio.

—¿Qué es ello?

—Esa cara, ¿fue fotografiada en la finca que vimos al principio?

—Desde luego.

—Eso es lo que me desconcierta... Porque la persona que yo supongo que era... Y digo era porque se considera muerta... Esa persona, de ser la que yo digo, ha estado a mis órdenes...

—¿Y por qué no ha podido estar en la finca? Usted nos está dando a entender que ha frecuentado esa casa.

—Por eso mismo me extraña. Allí no entraba cualquiera. Se necesitaba mucha influencia... Y la persona que yo digo no era más que un cabo de transmisiones...

Enseguida lo cortó el inspector:

—Va a tener otra sorpresa. Esa cara está cogida en esa finca. Naturalmente, no figura entre los que se encuentran en la sala de baile. Pero está cogida por esa fecha... Fíjese en lo que viene, capitán.

En torno a una mesa de mimbre sobre la que se veían tres copas, aparecieron dos individuos. Su indumentaria, lo mismo que sus rasgos faciales, eran bien diferentes.

Uno vestía a la europea. Sus ojos eran redondos y abultados.

El otro era de más edad y vestía la típica indumentaria de seda de las clases pudientes chinas.

Los dos miraban, riendo, hacia el que se suponía que estaba fotografiándolos. Pero tal naturalidad había en sus rostros que desde el primer momento chocaba.

—¿Reconoce a alguien? —preguntó el inspector.

—Es el cabo Mayne...

—¡Diablo! Parece que yo vaya recordando... —murmuró el coronel.

—No. Todavía no se había hecho cargo usted de nuestra unidad. El cabo Mayne, por esa fecha, ya estaba dado por muerto —dijo Ray.

—Hay más fotografías de gente conocida por ustedes —dijo el inspector —. Aparecen sentados frente a esa mesa...

—Si esas fotos están sacadas de sorpresa... —empezó Ray.

—La naturalidad con que aparecen las caras lo demuestran.

—Entonces es posible que yo aparezca... He frecuentado esa finca.

—¿Solo?

—Siempre acompañado.

—¿Se puede saber por quién? —pero apenas hecha la pregunta, el inspector rectificó—: ¡Cálleselo ahora...! Habrá tiempo. Lo que sí le puedo anticipar es que usted no aparece en ninguna fotografía... Tal vez el que lo acompañaba le tenía cierta consideración... Ahora hábleme de esa cara de luna llena. ¿Conoce a ese personaje?

—Es Lin Yi.

—¡Válgame! —exclamó el coronel—. A ese chino lo conozco yo. Claro que cuando lo vi, vestía a la europea... Incluso he estado en esa finca. ¿Cómo no me he dado cuenta antes? —parecía verdaderamente confuso.

—¿Ha ido muchas veces, coronel? —preguntó el inspector.

—Una sola vez... El último día de este pasado año.

—¿Fue solo?

—Con un jefe de Estado Mayor. Ese Lin Yi quería que pasáramos el fin

de año en su casa, pero yo no podía acceder. Aquella misma tarde salí para mí sector.

—Posiblemente Lin Yi lamentaría su ausencia —comentó el jefe de contraespionaje.

El coronel adoptó una actitud adusta.

—¡Inspector Warner! ¿Insinúa que ese chino hubiera podido sonsacarme…?

—¡Por Dios, coronel! No dé más importancia a mis palabras de la que tienen… Lin Yi pudo lamentar que usted no asistiera a su fiesta porque si el servicio de contraespionaje lo veía allí, no tendría más remedio que pensar que ese hombre era de plena confianza.

—¿Por qué? Yo creo que hay que desconfiar hasta de la propia sombra.

—Y se desconfía, coronel… Pero mi intención era solo señalarles uno de tantos recursos de que puede disponer un hombre de situación aparentemente privilegiada. Por esa casa han desfilado toda clase de personajes… Mas volvamos a las fotografías. Miren esa. ¿Notan con qué naturalidad sonríen? Ahora fíjense en la parte inferior, por dónde asoma la punta de unos zapatos femeninos. Por la posición se puede deducir que esa dama se encontraba sentada. La máquina con que han sacado estas fotografías debe ser tan pequeña, que muy bien ha podido llevarla en el pecho, en forma de broche. Ignoro todavía la estructura de la máquina utilizada en este caso. Es posible que la llevara simulando cualquier adorno del bolso, o en el reloj de pulsera. En realidad apenas importa el detalle… Lo que está bien claro es que esa mujer, simulando reír, ha echado el cuerpo hacia atrás para abarcar mejor a los personajes que quería fotografiar…

Durante unos momentos estuvieron observando la imagen, todos callados. Los pies femeninos que asomaban por la parte inferior parecían estar señalando a los dos individuos.

—Cambie, Talbot —dijo el inspector—. Ahora veamos si podemos aclarar la imagen de los dibujos borrosos.

En la nueva proyección no había ningún personaje. Simplemente el respaldo de un enorme sillón junto a una estantería atiborrada de libros.

El mueble se hallaba tapizado con una tela de dibujos chinescos.

—A este mueble se refería la fotografía de antes. Hemos comprobado los dibujos… Como podrán darse cuenta, nuestro fotógrafo ha creído conveniente insistir sobre algo que seguramente importa que no pase inadvertido —y dirigiéndose al que manipulaba el proyector indicó—: De momento hay bastante, Talbot.

Quedó solo el manchón de luz que proyectaba el objetivo.

—Capitán: sin la referencia de la casa, ¿hubiera reconocido tan fácilmente a un rostro tan corriente como el de Lin Yi? Usted no ignora que para los ojos occidentales, los rostros asiáticos pierden mucho de sus

matices distintivos.

—Parece no tener en cuenta que llevo en Extremo Oriente el suficiente tiempo para no confundir a un tipo manchú con un anamita… En cuanto a Lin Yi, he tenido con él bastante trato.

—Hola. Eso es muy importante, capitán. ¿Ha frecuentado mucho la villa que hemos visto?

—Para alternar con Lin Yi no era necesario ir a ninguna de sus fincas. En Saigón existen otros muchos sitios de reunión.

—Por ejemplo…

—Cualquier club nocturno. ¿Le parece mal sitio, inspector? —dijo Ray, con ironía.

—¡De ningún modo! Todo lo contrario: un lugar apropiado para no suscitar sospechas… Me refiero a Lin Yi. Y lo que yo desearía que usted nos dijera es cómo ha podido conocer a un personaje como él. Sé que su caso es «muy particular»…

—No es tan particular. Coincidimos girando en torno a una misma mujer. Otros oficiales se encuentran en mí caso. En cuanto a quién es esa mujer, usted lo sabe.

—No obstante, me gustaría que usted diera alguna referencia de ella. Aunque solo fuera su nombre.

—Lue Sikie.

—Gracias… Puede encender las luces, Talbot.

La habitación quedó perfectamente iluminada. En el ángulo que desde hacía unos momentos Ray no había dejado de observar, se encontraba la «periodista» rubia, mirándole, los ojos grises encendidos.

⋆ ⋆ ⋆

Tras un silencio, Ray comentó, con marcada ironía:

—¿Debo decir que la mejor imagen la han guardado para el final?

Y por si no lo entendían, clavó la mirada en Maure, recorriendo sus sugerentes contornos.

La joven se mordió los labios y avanzó hacia él.

—Cuando fui a su puesto de control, no tuve tiempo de explicarle…

No era cierto. Tuvo tiempo para decirle que permaneciera alerta, que algo podía producirse de un momento a otro. Pero la actitud irónica en que Ray se mantuvo la hizo cambiar de parecer.

Era lo mismo que ahora estaba ocurriendo. El rostro atezado de Ray no perdía la expresión burlona y Maure frunció las cejas.

—Después de todo, poco podía haberle dicho que usted no supiera ya —agregó, glacial—. A continuación de mí «visita» tuvo usted otra más informada.

—Si lo dice por Lue Sikie, ella sabía tanto como yo del atentado —replicó, rápido.

Maure esbozó una sonrisa burlona. En sus ojos se encendieron brillos hostiles.

—Hace bien en defenderla. Ella también le defiende a usted.

De la sala se habían ido todos, excepto la pareja, y el coronel Hubbard. De pronto la puerta se abrió y apareció el inspector Warner.

—He de advertirles que estas imágenes solamente las conocemos nosotros.

Maure se volvió de cara al inspector, mirándolo con gran ansiedad.

—¿Hemos visto todas las que contenía el microfilm?

En el tono se apreció honda angustia. El jefe de contraespionaje esquivó su mirada y contestó evasivo:

—Las más importantes —y dirigiéndose al capitán—: ¿Quiere aguardar unos momentos en la otra habitación?

—Desde luego… Pero, ya que parece que estoy relacionado con ese microfilm, ¿puede decirme dónde lo han encontrado?

—En uno de los efectos personales del teniente Gerson que usted tuvo la atención de recoger. Y posiblemente no hubiéramos dado con ese microfilm, de no recibir por teléfono una confidencia.

—¿Dónde se encontraba?

—En un doble fondo de la estilográfica… Esta.

La mostró. Ray, después de mirarla, la devolvió diciendo:

—Recuerdo que la recogí… Lo que me choca es que ustedes, tan sagaces, no miraran detenidamente la estilográfica, ya que estaban avisados de que el teniente Gerson llevaba consigo algo importante.

El inspector Warner hizo una mueca y manifestó:

—Aguanto el varapalo… Tiene usted razón: debimos mirar la estilográfica, pero se nos pasó por alto. Y lo curioso es que constantemente la teníamos ante los ojos porque yo mismo se la di a la señorita Maure y ella solía tomar sus apuntes con esa estilográfica.

Ray se volvió a mirar a la muchacha, quien permanecía con el semblante demudado.

—¡Muy chocante! Sobre todo, sabiendo que usted iba a la caza de cualquier objeto que hubiera pertenecido al teniente Gerson…

—¿Qué quiere decir, capitán? —preguntó la joven, irguiéndose.

—Que se hubiera podido ahorrar mucho trabajo si en vez de dedicarse a registrar en los bolsillos de los demás…

—¡Capitán! ¡No le tolero…!

Ray se volvió para mirar al coronel. Luego a Warner. Como a ambos los viera sin deseos de intervenir, el capitán prosiguió:

—Parece que este diálogo no les disgusta. Quizá ya lo tenían previsto… Hasta es posible que estén esperando que la acuse.

—¿A mí? ¿De qué podía usted acusarme? —gritó Maure, fuera de sí—. ¡Usted… que está al borde de ser degradado…!

—O quizá de ser fusilado —agregó Ray—. Pero ya le he anunciado al coronel que en mi puesto avanzado decidí hacer mi juego. Dejé escapar a Lue Sikie porque me pareció tan víctima como yo. La dejé marchar con todas las consecuencias… En cuanto a usted, me limitaré a repetir algo que Lue Sikie me dijo en momentos en que no había por qué mentir: ella la acusa de no querer ver la verdad de frente… ¿Lo dijo por el teniente Gerson? Era mi amigo y sentiría que apareciera metido en un feo asunto, pero que cada palo aguante su vela.

Maure pareció por unos momentos que fuera a agredir a Ray. De pronto se transfiguró. Encogiéndose, fue retrocediendo, hasta quedar sentada en un sillón. Y precipitó las manos a la cara, para ahogar un sollozo.

El inspector Warner miró al coronel. Este dijo:

—Pase a la otra habitación, Ray. Es un ruego, más que una orden.

El capitán salió, sin decir nada. Apenas entrar en la habitación que le habían señalado, la puerta se cerró.

Se dejó caer en un sillón y soltó un respingo. En una sacudida de nervios, se levantó y se puso a pasear. Encendió un cigarrillo.

Ahora era cuando su irritación estaba surtiendo mayores efectos. La idea de que durante varias jornadas no había sido más que un autómata, le sacaba de quicio.

Recordó lo que Maure acababa de insinuar sobre su degradación. Y soltó: «¡Al cuerno mi carrera militar, mi nombre y mi cabeza…!»

Súbitamente se sintió divertido por la nueva situación. Le estaban dedicando demasiadas atenciones a un hombre que se había salido de las ordenanzas.

—Es porque se encuentran en un callejón sin salida —dijo, casi en voz alta.

Siguió paseando y cuando consumió el cigarrillo, encendió otro.

Se abrió la puerta y apareció el coronel, quien cerró enseguida. Con el gesto invitó a Ray a que se sentara frente adonde el coronel Hubbard se había acomodado.

—¿Qué pactó usted con esa chica?

—¿Cuál?

—Lue Sikie.

—¿Por qué cree que establecimos un pacto?

—Porque lo que usted ha hecho solo un loco… o un hombre que tiene absoluta confianza en su suerte, ha podido realizarlo. ¡Dejó escapar a la que con toda seguridad sabía de dónde partía la agresión a usted!

—Ella era tan víctima como yo.

—¿Confía usted en esa chica?

—Pudo matarme y no lo hizo.

Refirió lo que ocurrió en la barraca.

—¿Es que no sabía usted que llevaba esa pistola?

—¡No he de saberlo…! La pistola era mía y la dejé intencionadamente a su alcance.

El coronel, después de mirarlo unos momentos con indicios de admiración, hizo una mueca.

—Costamos demasiado dinero al contribuyente, Ray, para despilfarrar nuestras vidas… Menos mal que ganó la apuesta. Esa muchacha parece tenerle «algún afecto» y se ha permitido imponernos condiciones.

Ray lo miró receloso, temiendo una treta.

—¿A ustedes?

—Fue ella quien telefoneó al inspector Warner. A condición de que no ejerciéramos represalias en usted por haberla dejado escapar, ella nos daría la pista del microfilm. El inspector me consultó y le contesté que aceptaba. No habrá represalias contra usted. No ya solo porque esa chica nos lo impusiera… sino porque entra en los planes del departamento de información que usted siga el juego que inició. Va a disfrutar de un permiso indefinido. Tendrá usted libertad de movimientos, pero cuidará de preservar su cabeza. El tirarla por la borda quedará para cuando este asunto esté terminado.

El coronel se puso de pie y paseó unos instantes pensativo. De espaldas a Ray, declaró:

—Han estado ocurriendo cosas demasiado extrañas en el frente, en estos últimos meses. No son solo los helicópteros que se despistan y descienden en los puntos donde les aguardan los guerrilleros. Es el asalto a convoyes de aprovisionamiento en momentos en que se creía llevarlos en el mayor secreto. Son la voladura de depósitos de municiones que se consideraban a salvo del enemigo… Es también le pérdida de miles y miles de dólares destinados a saneamiento del país, que son robados, o van a parar a manos de elementos que se consideraban seguros y que de pronto se han esfumado. La apatía y el desdén del país no son los únicos culpables de este desorden. Las ciudades de la retaguardia son también una jungla avivada de rebeldes, y de organizaciones de «gangsters» que trafican hasta con su propio hermano. Limpiar lo que queda aquí atrás es tan importante como quemar aldeas que quedan demasiado en vanguardia.

—¡Exacto! —saltó Ray, enardecido—. Si alguna vez me he sentido deprimido en una misión, ha sido ahora, en estos días en que no he hecho más que canalizar a pobres gentes en caminos de alambradas, para resolver en sus míseros enseres. Varias veces me he preguntado qué hacía yo allí…

—Muchos nos lo preguntamos, Ray. Pero esa respuesta no la tendremos en tanto los acontecimientos no definan rotundamente la situación. Nuestra misión es obedecer órdenes, y aquí estamos porque eso se nos ha mandado. Lo único que queda a nuestra iniciativa es cumplir con el deber lo mejor posible.

El coronel se interrumpió para acercarse a Ray, lentamente. Cuando llegó a un paso, le colocó amistosamente las manos en los hombros.

—Ayudemos al inspector Warner. Aunque solo sea por premiar su temple. Es un hombre que ha sabido aguantar… La finca que hemos visto en la proyección, hace tiempo que está bajo su vigilancia, pero se ha abstenido de hacer un registro. Lin Yi desapareció… pero aunque se encontrara en Saigón, el inspector se hubiera guardado muy bien de echarle mano. Antes hay que tener la máxima información sobre los complicados en este asunto.

—¿Y qué ayuda obtienen de la «señorita tabú»? —preguntó, sardónico.

—Más de la que usted pueda imaginar. Ni ella misma advierte el valor que tiene en este juego su rencor hacia Lue Sikie. Ha reconocido con toda sinceridad que Lue Sikie es increíblemente hermosa… Pero también con la misma franqueza ha confesado que sería su mayor satisfacción aplastar un reptil tan venenoso, como es Lue Sikie… según palabras de la señorita Maure.

—¡Los celos la devoran…! ¡El saber que el teniente Gerson iba de cabeza por una muchacha anamita, mientras le volvía la espalda a la rubia yanqui! ¡Más orgullo y menos rencor a quién nada debe!

—¿Más orgullo en la señorita Maure?

—¡Sí…! Parece que quiera justificar a quién la olvidó.

—¿Se refiere al teniente Gerson?

—¿A quién, si no?

—¿Usted cree que la belleza de la señorita Maure se presta para que nadie la olvide?

—Gerson parece que lo hizo.

El coronel iba a contestar, cuando la puerta se abrió. Al inspector Warner le importaba que la cosa no siguiera adelante. Desde el otro lado de la puerta había estado escuchando, en compañía de Maure.

Pero Ray no supo que la muchacha estuviera allí, porque solamente entró el inspector.

—¿Han llegado a un acuerdo?

—Le he dado juego libre —contestó el coronel.

El inspector se quedó mirándolo:

—¿Y vacila?

—Háganlo bueno y aceptaré.

El coronel sacó un pliego que llevaba el membrete de la unidad a que pertenecía Ray, y se lo dio a leer.

—Quedará archivado para todos los efectos. Desde este momento puede usted actuar como cualquier turista —dijo el superior, así que Ray le hubo devuelto el documento.

—Prométanme que no intervendrán en tanto yo no lo pida.

—Descuide —dijo el inspector—. Somos los más interesados en que

usted parezca un hombre suelto…

⋆ ⋆ ⋆

Aquella noche fue al «Gran Delta». Luego recorrió otros establecimientos, procurando hacerse visible.

Regresó al hotel muy tarde. Al día siguiente deambuló por los barrios pobres.

Transcurrieron unos días sin que Ray obtuviera el menor indicio de que Lue Sikie, o los enemigos, estuvieran sobre sus pasos.

Un anochecer, al regresar al hotel se encontró a Maure esperándole. Se hallaba en su propia habitación.

Llevaba un vestido muy sugerente. Sentada en un sillón, una pierna sobre la otra, dejaba que sus firmes caderas plasmaran su turbador contorno bajo la tela. Sus piernas eran de un trazo perfecto.

Junto a la joven había una mesita con un cenicero con cigarrillos a medio consumir. Al abrir Ray la puerta, Maure no cambió de postura. Entorno los ojos y entre las largas pestañas se advirtió un brillo de acero.

—¿Otro registro? —preguntó Ray, apenas cerrar.

Maure aplastó el cigarrillo en el cenicero y se puso de pie.

—Habrá podido comprobar que carezco de orgullo… Hace más de una hora que estoy esperándole.

—Lo siento —contestó Ray, mirándola a los labios—. ¿Viene a justificarse?

Y antes de que ella pudiera contestar, la enlazó por la cintura y la besó fuertemente en la boca. Advirtió que el cuerpo de Maure se erguía dispuesto a rechazarle.

Esto contribuyó a que Ray sintiera mayores deseos de acariciarla, con propósito de vengar sus artimañas. Y lo hizo. Durante unos momentos Maure quedó reducida a una total pasividad, estrujada contra el cuerpo del hombre, sintiéndose besada en todo el rostro, las manos de Ray recorriendo ávidas su figura.

Cuando él la soltó, dijo:

—Falta fuego en tu sangre… Tal vez porque hay demasiado cálculo en tu cabeza. Así no me extraña que Gerson te olvidara.

De los labios de Maure, ahora muy pálidos, salió un quejido. Enseguida la muchacha se transfiguró, el rostro encendido de cólera. Avanzó hacia Ray con las manos en alto.

—¡Te abofetearé…! ¡Te escupiré…!

—No lo intentes.

—¡Me estás confundiendo con la perra anamita…!

—No podría, aunque en otro tipo, eres tan herbosa como ella.

Ray se encaminó adonde tenía el mueble bar y sacó una botella y dos vasos.

—¿Te apetece un *whisky*? Te pondrá a tono.

Maure estaba arreglándose el cabello, los ojos secos, mirando tenazmente a la puerta. Parecía vacilar en marcharse.

Ray puso licor en dos vasos y se acercó a la muchacha, llevando uno en cada mano.

—Olvida cuanto ha ocurrido. Y a ver si por una vez puede haber sinceridad en ti.

Ella lo miró sorprendida. Advirtió en el rostro de Ray sincero deseo de concordia y maquinalmente alargó una mano, cogiendo un vaso, que apuró a pequeños sorbos, mientras su frente se fruncía.

—No es posible que, solo por vengarte… —empezó a decir.

Se interrumpió, cada vez más preocupada. Enseguida volvió la cabeza, para escrutar con los ojos el rostro de Ray.

—¿Tú no me has citado aquí?

—¿Yo?

Súbitamente Ray recordó el consejo del Hubbard. Volvió la cabeza para mirar a la puerta y dio un salto, sin producir el menor ruido. Con el gesto indicó a Maure que retrocediera hacia un extremo de la habitación donde había una puerta que comunicaba con el dormitorio. Al tiempo que por señas le indicaba que se escondiera, dijo, en voz alta:

—Te he citado aquí porque quiero informarte sobre las actividades del teniente Gerson. Su helicóptero cayó en mi sector porque…

Mientras decía esto ya se había vuelto de espaldas a Maure, mirando a la puerta que daba al corredor.

Se advirtió que desde fuera presionaban contra la madera. Ray empujó a Maure hacia la alcoba y desenfundó de la sobaquera una pistola.

Varios estallidos atronaron la estancia. La puerta, mordida por los proyectiles en el lado de la cerradura, cedió.

Dos individuos vestidos a la europea, pero de facciones asiáticas, entraron esgrimiendo pistolas ametralladoras.

Para entonces Ray ya se había agazapado tras un mueble y apretaba el gatillo. Los dos giraron, rociando de balas las paredes. Alcanzados en la cabeza, se desplomaron en el centro de la habitación.

Ray retrocedió al dormitorio donde se había situado Maure. La encontró de pie, mirando impávida hacia el sitio donde habían quedado los agresores.

—¿Es que quieres morir? —preguntó Ray, empujándola a un lado del dormitorio.

Resguardándose en el marco de la puerta desde donde podía batir la otra entrada, aguardó unos momentos.

Se oía gente en el corredor. Y enseguida aparecieron empleados del hotel, y clientes.

Ray fue hacia ellos, en actitud irritada.

—¡En mala hora se me ocurrió citar aquí a mí amiga...! ¡Entrometidos por todas partes...! En este mismo instante denme de baja en este maldito hotel. Luego mandaré por el equipaje —y mirando al dormitorio—: Vámonos, nena.

Los empleados y algunos clientes parecían inmovilizados por la impresión que los dos muertos les producía.

Pero había alguno que permanecía impasible. Con la mirada de uno de estos se encontró Ray. «¿Agentes?» A punto estuvo de espetarles que su guardia podían hacérsela al diablo.

Maure ya se encontraba de nuevo en la puerta del dormitorio, también con expresión indignada.

—¡Sí! ¡Vámonos, Ray! —dijo, colocándose a su lado.

Él la cogió de un brazo y echaron a andar. Advirtió que temblaba, pero su cuerpo permaneció erguido, su expresión altiva.

Nadie les interceptó el paso. Al descender la escalinata vieron que abajo todos permanecían a la expectativa.

Descendieron deprisa.

—Si llega la policía local tendremos engorros —dijo Ray.

Ya era de noche. La calle era céntrica y estaba llena de gente.

—Será peor si cogemos un taxi —manifestó Ray—. Nos seguirán. Por unos momentos podemos ir mezclados con la multitud.

Maure permaneció callada. Caminaron un largo rato, sin hablar, atentos a cuanto les rodeaba.

—Entremos aquí.

Era un bar muy elegante. Se sentaron a una de las mesas que había al fondo del local.

—Telefonearé para que vengan a recogerte —dijo Ray.

—¡No! —rechazó ella—. No quiero apoyo oficial... Porque yo sí estoy obrando por mí cuenta.

Era una manera de decirle que no creía que él fuera un hombre suelto.

—Si obras por tú propia cuenta, tus pasos son bastante imprudentes. ¿Dices que hacía rato que estabas en mi habitación?

—Más de una hora.

—¿Por qué fuiste?

—Tu «fiel» anamita me dijo por teléfono que tú me esperabas.

—¡No sería Lue Sikie!

—Sí que era. Aparte de que tengo clavada su melosa entonación en los oídos... mencionó cosas que ella y yo hablamos en privado, hace algún tiempo. ¡Era ella! Me dijo que tú esperabas una dirección...

—La espero. Pero eso no motiva que tú fueras a mí hotel.

—¡Tu serpiente anamita me aseguró que tenías concertado que yo serviría de enlace!

De un pliegue del vestido sacó un papelito liado muy finamente.

—Ahí está la dirección que me dio.

Apenas leerlo Ray, hizo un gesto de sorpresa.

—Aquí es donde suele alojarse el capitán Dornay cuando está de permiso… Es la Casa de un matrimonio francés.

Se había arrancado a llover. El agua caía con gran fuerza y en unos segundos la calle quedó despejada. El bar se llenó de gente.

—Se ha repetido la jugada de las alambradas. De un mismo golpe han pretendido eliminarte a ti, a mí… y tal vez ahora ya no exista Lue Sikie —dijo Ray, sombrío.

Maure lo miró creyendo que se burlaba.

—¿De veras consideras a esa mujer en la misma situación de peligro que nosotros?

—Sin duda ella corre más peligro. Y si el teléfono ha sido intervenido por el enemigo…

La tromba de agua se había convertido en una lluvia fina.

—¡Debemos marcharnos! —dijo Ray, por momentos más impaciente.

—Muy cerca de aquí me espera un coche —reveló Maure.

Ray la miró irónico.

—¿Un coche oficial?

—¡No! Lo alquilé hace días…

—¿Lo conduces tú?

—Es preferible a llevar a un nativo que no sabes cuándo te sonríe amistosamente o te está deseando la muerte.

En ese momento acababan de servirles un combinado. Lo apuraron rápidamente. Ray liquidó la cuenta y se levantaron.

—Si nos siguen perderán el tiempo… Conozco Saigón lo suficiente para volver loco a los que echen detrás —dijo Ray, ya en la calle.

No llovía, pero el cielo permanecía muy cerrado.

—¿Dónde está el coche?

—Casi al final de esta calle —contestó Maure.

Cuando llegaron junto al vehículo, Maure sacó del bolso las llaves y al dárselas, una mano de Ray tropezó con algo pesado que iba dentro del bolso.

—¿Un arma? —preguntó.

—Sí.

—¿Sabes manejarla?

—Cuando llega el caso, sé defenderme.

—Pudiste hacerlo en el hotel.

—¿En qué momento? Hubo dos agresiones.

—El que yo te besara no fue una agresión… Era una cuenta que me debías.

Ray se sentó al volante. Ya el coche en marcha, dijo:

—Ten lista el arma por si de repente se nos cruza un coche con el fin de

detenernos. Vamos a meternos en un laberinto.

Así fue. Cruzaron multitud de callejuelas y de pronto aparecieron en un barrio céntrico, para enseguida quedar otra vez en un barrio viejo.

Cuando Ray tuvo el convencimiento de que no les seguían, lanzó el coche en dirección a una avenida cruzada de palmeras.

En una calle transversal, ante un edificio circundado por un jardín, Ray detuvo el coche.

—En esta casa son compatriotas nuestros. Es un matrimonio de edad, que te acogerá con todo agrado...

Maure empezó a iniciar una protesta, pero enseguida cambió de actitud.

—Tú dispones.

Unos momentos después, cuando Ray se despidió, dijo:

—No salgas de aquí en tanto no recibas noticias mías.

Pero apenas alejarse el coche, Maure cogió el teléfono.

—Se dirige «allí» —concluyó la muchacha, después de un rápido informe de lo que había ocurrido en el hotel.

Desde el otro extremo de la línea, el coronel Hubbard notificó:

—¡No se mueva de ahí! ¡Iremos por usted...!

—El inspector Warner no lo aprobará.

—¡El inspector Warner ya está arrepentido de haberla dejado suelta! ¡Ha sido usted muy imprudente, Maure, al meterse en la habitación de Ray...!

La muchacha enrojeció. Comprendía que era cierto, pero no por el riesgo a las balas, sino a la sed de revancha de un hombre a quién ella había estado incitando la primera noche que se vieron...

CAPÍTULO IV

Los ojos levemente oblicuos de Lue Sikie, miraron gravemente al yanqui.

—Has tardado. Ya no podía esperar más.

Seguía llevando la tenue indumentaria de hombre. Estaba mojada y se le adhería al cuerpo, revelando los contornos de su bien proporcionado cuerpo.

—¿Has salido a buscar la lluvia? —preguntó Ray.

Lue Sikie señaló la ventana de la habitación que daba al jardín.

—Por dos veces escapé… Me siento acorralada. Los dueños de esta casa me han acogido muy bien, porque ya me conocían de una vez que acompañé al capitán Dornay…

La sonrisa de Ray la cortó.

—No. Di más bien que el capitán Dornay se aloja aquí porque tú le recomendaste esta casa —rectificó el yanqui.

La muchacha miró hacia la ventana.

—Es cierto… ¡Pero aquí vive buena gente! Le recomendé esta casa porque aprecio al capitán Dornay. De todos vosotros, es el más sensato…

—Y el más incondicional tuyo.

La anamita se le quedó mirando sorprendida por el tono incisivo que Ray empleaba.

—Creí que éramos amigos.

—Nada te he dicho que pruebe lo contrario. Recibí tu llamada y aquí estoy.

—¡Pero hace muchas horas que avisé…! Y la oportunidad que yo tenía de escapar de Saigón con las máximas seguridades, se ha perdido.

—¿Tú llamaste a Maure?

—Sí.

—¿Tanto te fías de ella?

—Ahora que he averiguado quién es, comprendo que se sienta mi enemiga. Ella piensa que yo metí a su hermano en este sucio asunto…

—¿Qué hermano?

Otra vez lo miró extrañada.

—El teniente Gerson. ¿No te lo ha dicho?

Ray disimuló el efecto que la revelación le había hecho.

—No ha habido tiempo para confidencias.

Sí lo había habido. Cuando después de las proyecciones del microfilm Ray conversó con el coronel, este hizo un gesto de cómica sorpresa al oír que Maure estaba resentida porque el teniente Gerson la olvidó por Lue

Sikie. La aparición del inspector Warner impidió que el coronel le revelara la relación que existía entre Maure y Gerson.

Por momentos Ray se sentía más cómodo. «No es fácil olvidar una belleza como la de Maure», pensó. Y mirando a la joven anamita, agregó: «Tampoco la de esta muñeca».

Se guardó de decir que en el hotel habían sufrido una agresión. La naturalidad con que ella lo había acogido era una prueba de que Lue Sikie era ajena a aquel golpe.

—¿Por qué quieres dejar Saigón?

—Lin Yi va a terminar conmigo de un momento a otro.

—Yo puedo llevarte a sitio seguro.

La anamita se puso enhiesta, los ojos negros fulgiéndole.

—¡No quiero entrar en el área de vuestra policía…! ¡Me repugnan tanto como Lin Yi!

La respuesta no podía tener mayor repulsa. Durante unos momentos su juvenil busto quedó palpitando, la blusa negra adherida a la piel.

—Quítate esa ropa. Estás empapada.

Ella no se movió y Ray, antes de que pudiera prevenirse, le arrancó la blusa. Ella emitió un leve quejido y se cubrió el pecho con los dos brazos.

Pero ya Ray se había vuelto de espaldas, yendo hacia el sillón sobre el que había un lío de ropa.

Se lo echó al aire, y Lue Sikie, por no descubrir el pecho, dejó que cayera a sus pies.

—En la pista del «Delta» te he visto más desnuda, Lue Sikie…

—No es lo mismo, Ray —contestó ella, inclinándose sobre el lío de ropa —. ¡Vuélvete otra vez!

El obedeció. Encendió un cigarrillo y durante unos momento en la habitación solamente se oyó el fruir de ropa.

Cuando Lue Sikie dio la señal, llevaba otros pantalones de hombre, y un jersey. Encima, echado sobre los hombros, un impermeable.

—Disponiendo de ese impermeable, ¿por qué demonios has salido a la lluvia sin defensa? —preguntó Ray.

—Por dos veces el miedo ha podido más que yo… Tardabas en venir. ¡A ti también te siguen, Ray! ¡Debías dejar Saigón!

Y corrió hacia él. Ray la cogió de los hombros y mirándola a los ojos brillantes, le refirió lo ocurrido en el hotel.

—Lo peor de esto es que no sé a qué carta juegas. Lue Sikie.

—Juego a la de los míos.

—¿Los rebeldes?

Esperaba una respuesta afirmativa. Lue Sikie se desprendió suavemente de las manos de Ray y fue a dejarse caer en la silla donde antes estuvo el paquete de ropa.

—Procedo de muy bajo… Mi país es desgraciado… Me propuse

remediar todo el mal que pudiera y mi trabajo como bailarina en los clubs nocturnos me daba buenos recursos… El «Delta» y otros clubs son de Lin Yi. ¿Lo sabías?

—Le suponía negocios así, pero nunca supuse que el «Delta» fuera suyo. Se comportaba como un verdadero cliente.

—Lin Yi sabe llevar la máscara. Incluso a mí ha llegado a engañarme asegurándome que el dinero que le proporcionaba el asalto a convoyes militares era para remediar miserias de mi pueblo. ¡Perro sarnoso! Lin Yi es tan sucio como los renegados occidentales que lo rodean. Lin Yi tiene enlaces en el mismo Washington. ¡Estás haciendo el gran negocio, traficando con armas a cambio de narcótico…!

Ray encendió otro cigarrillo y se lo dio. Lue Sikie se lo puso en los labios y se quedó mirando a Ray.

—Ciertos envíos de material de guerra los conoce Lin Yi apenas se decide en Washington hacerlos. Conoce la ruta y los medios de transporte… Los clubs nocturnos son un buen medio para completar las informaciones que le llegan desde tu país.

—He visto las imágenes del microfilm. ¿Sacaste tú esas fotografías?

—Sí.

—¿Y por qué las llevaba el teniente Gerson?

—Él y el capitán Caldwell eran del servicio de información.

—¡No!

Le era imposible admitirlo porque tanto Caldwell como Gerson eran los tipos menos adecuados para misiones de contraespionaje.

—Eran agentes —afirmó Lue Sikie—. Lin Yi tiene medios para saberlo.

Durante unos momentos Ray estuvo como aturdido.

—¡No puede ser! Si Gerson hubiera sido agente, su hermana ahora no estaría preocupada por si lo veía comprometido.

Esa era una duda que parecía tener Lue Sikie. La joven anamita inclinó la cabeza y murmuró:

—Lin Yi me dio a entender que eran agentes… Quizá fuera una trampa.

—¿Por qué?

—El capitán Caldwell y el teniente Gerson siempre te atacaban. Un día me dijeron que iban a tu sector para meterte en apuros. Entonces les mentí, asegurándoles que tú y yo llevábamos un plan de contraespionaje. Les mostré el microfilm. Nada entendieron. «Solo Ray tiene la clave», les contesté. Les hice creer que solamente con tu participación podrían aclarar el enigma de las fotografías. Pero el helicóptero descendió antes de llegar a tu blocao. ¿Por qué, Ray?

—No es el primero que ha descendido en lugar equivocado. El enemigo conoce nuestras consignas y engaña a los pilotos. La selva es tan traicionera como las sonrisas de la retaguardia… Pero lo que desearía saber es por qué me relacionaste con esas fotografías…

Lue Sikie se puso de pie, mirándola atónita.

—¿Todavía no has comprendido, Ray? ¡Yo tenía que dar ese triunfo a alguien…! ¡Y te lo brindé a ti…! Una de las fotografías nadie la descifrará si yo no quiero…

—La del sillón.

La anamita movió la cabeza.

—Tú eres valiente, Ray. Y leal con tus amigos… Tú y el capitán Dornay sois los que mejor me habéis mirado.

Pero por la forma con que se quedó mirándolo, la profunda tristeza que fluía de sus ojos negros, desmentía que ella agradeciera la corrección con que Ray la había tratado, desde la vez que intentó besarla.

La muchacha se había acercado a la ventana. De pronto dio un salto hacia atrás y se volvió para mirar fieramente a Ray.

—¡Has traído gente…! ¡Así nada conseguirás…!

—¡No he traído a nadie!

—¡Mira afuera!

Al tiempo que Ray se asomaba, ella extinguió la luz. Otra vez se había arrancado a llover.

Dos coches acababan de detenerse frente al jardín. La muchacha se colocó al lado de Ray y le aplicó una pistola a un costado.

—¡Esta vez no dudaré en disparar, si me entregas a los tuyos!

—Te juro que no he traído a nadie… Puede ser que Maure no haya hecho caso de mis instrucciones. ¿Quieres una prueba?

—Di.

—Estoy dispuesto a correr tu suerte.

Hubo una pequeña pausa. La respiración de Lue Sikie se hizo más agitada. Lo que acababa de oír parecía algo muy deseado.

—¡No te atreverás!

—¡Salta tú primero! —contestó Ray.

El mismo abrió los cristales. La muchacha iba a saltar pero vaciló, al quedar cara a él. Ray se inclinó y la besó fuertemente en la boca.

—¡Seguiré tu suerte, Lue Sikie! ¡Salta afuera…!

La joven anamita se estrechó contra él. Y con súbita decisión, dio un salto felino, desapareciendo por la ventana.

A continuación lo hizo Ray…

* * *

La fuerte lluvia impedía oír las pisadas de los que se deslizaban en el jardín.

Los dos coches que hacía unos momentos se detuvieron, volcaron a varios agentes del servicio de información norteamericano. Pero en el jardín ya había enemigos al acecho y al creerse rodeados, empezaron a disparar.

Durante unos minutos los fogonazos se sucedieron, con pequeñas pausas.

Los únicos que en el jardín no hicieron uso de las armas fueron Ray y Lue Sikie. Para ellos la situación estaba más clara que para los demás.

No tenían más que alejarse tanto del fuego de un lado como del otro. Escaparon por una abertura que había en la verja disimulada por los arbustos. Daba a un vasto solar encharcado.

Entre los agentes que hacían frente a los individuos que se hallaban en el jardín se encontraban el capitán Dornay y el sargento Sims, los dos de paisano.

Tan pronto se restableció la calma y los agentes pudieron entrar en la casa, encontraron al matrimonio francés en una de las habitaciones superiores, los dos con un rifle en las manos.

El capitán Dornay todavía no se había presentado a ellos, desde que llegó a, Saigón, dos días antes.

El matrimonio lo acogió con gran alegría.

—Por unos días su casa quedará vigilada —dijo Dornay.

Ya habían comprobado que Ray y la anamita habían escapado. Los agentes estaban furiosos.

Dornay y el sargento Sims, por el contrario, no podían ocultar su satisfacción.

—Al capitán Newman le prometieron campo libre… Debieron cumplir —dijo Dornay.

—¡Es demasiado lo que se arriesga en este juego para andar con promesas! —contestó un subordinado del inspector Warner.

—Voy a comunicarle a la señorita Maure que sus predicciones se han cumplido.

Y el capitán, seguido del sargento Sims, salieron de la casa. Algunos agentes, provistos de lámparas automáticas, inspeccionaban el jardín, donde encontraron regueros de sangre, ya medio borrados por la lluvia.

No muy lejos de la casa había un bar. Resguardándose de la lluvia, había gente de pie, bajo la marquesina.

Maure estaba entre ellos, ocultándose tras la primera fila. Al ver llegar a Dornay y a Sims, retrocedió al interior del establecimiento.

Era el sitio en que habían convenido reunirse.

—¡Tal como usted ha dicho, Maure! ¡Ray y Lue Sikie se han esfumado! —notificó Dornay.

Los ojos grises de la joven fulgieron, irritados y al mismo tiempo llenos de alegría.

—¡Se lo dije al inspector…! ¡Y ahora Ray me culpará a mí!

—No es momento de lamentaciones —cortó Dornay—. Hay que hacer algo para dar con ellos…

Salieron del bar y pegados a la fachada de las casas, fueron un largo

trayecto, esquivando la lluvia. Al final de la calle, en un patio oscuro, se detuvieron.

Ahora Dornay parecía desalentado.

—¡No sé a dónde dirigirme…! ¿Tiene usted alguna idea de a dónde han podido ir a refugiarse?

—No… Pero yo sí sé a dónde dirigirme. ¿Querrá acompañarme, capitán Dornay?

—¡Qué pregunta!

—No nos engañemos. El camino que yo voy a seguir quizá se separe del que llevan Ray y la anamita. Y a usted le importa demasiado esa muchacha.

—No es un obstáculo, ya que en usted no lo es —y Dornay, arrepentido, se calló.

Iba a decir que en la primera hostilidad de Maure hacia Ray ya había advertido destellos bien significativos. Y en las últimas horas, oyendo cómo la joven rubia hacía duras críticas y encendidos elogios, notó que Maure estaba celosa de Lue Sikie, más que resentida por lo que hubiera podido influir en la vida del teniente Gerson.

—Si está dispuesto a acompañarme…

—También yo —dijo el sargento Sims.

—Ya lo sé. Conozco la devoción que siente por Ray. Pero convendría que fuéramos muy pocos.

—Tanto da que seamos dos que tres. Además, entre mi capitán y yo existe un «código» que tal vez nos sea muy útil —dijo el sargento.

Maure accedió.

—Por si nos siguen, haremos como que nos retiramos —dijo Dornay.

Otra vez la lluvia había amainado.

—Hay una jugada a hacer y pienso brindársela al coronel Hubbard —manifestó Maure, después de un trayecto de permanecer todos callados—. Por teléfono le notificaré a dónde nos dirigimos.

Lo hizo utilizando un teléfono público. Cuando salió de la cabina, su rostro tenía una expresión de maligna alegría.

—El coronel ha quedado aterrorizado pensando en lo qué dirá el inspector Warner. Asegura que le vamos a estropear la labor de varios meses, pero yo le he dicho que más arriesgan otros en esta partida.

Por unos momentos Dornay y el sargento Sims se quedaron mirándola, inquietos. Acababan de darse cuenta de que Maure estaba poseída por la embriaguez del peligro.

La veían inclinada a que toda la colonia occidental en el Sureste Asiático se ocupara de su audacia.

Ella se dio cuenta y dijo:

—Les relevo del compromiso de acompañarme.

—¡Eso es tonto que lo diga! —protestó Dornay.

—¡Iremos aunque sea al mismo infierno! —agregó el sargento.

—No vamos al infierno. Simplemente a dejarnos coger como rehenes. Sé por Lue Sikie qué finca es la preferida por Lin Yi. Y sé también en qué sitio del puerto tiene algunas lanchas… Cuando le he comunicado al coronel lo que me proponía me ha amenazado con lanzar al río toda la fuerza que tenemos aquí, para batir ambas orillas. Pero no lo hará. Se limitará a seguir las instrucciones que dejé por escrito en su despacho, esta mañana, al poco de telefonearme Lue Sikie… Este plan me lo sugirió ella.

—¿Lue Sikie le propuso dejarse coger por Lin Yi?

—¿Qué le sorprende?

—Que usted, que la odia tanto, se fíe de ella.

—Lue Sikie solicitaba mi colaboración para que convenciera al capitán Ray de que nos acompañara. Pero Lue Sikie tenía un concepto equivocado de la influencia que ejerce sobre Ray… Sin necesidad de mi intervención, él se ha lanzado a correr su suerte.

Esto último lo dijo algo afectado. Reparando en ello, hizo una transición. Riendo, preguntó:

—¿Celoso, capitán Dornay?

—Yo sé perder, Maure. ¿Y usted?

—¡Yo solo he venido a vengar a mí hermano…!

Lo dijo con demasiada pasión para que Dornay y Sims no pensaran que había algo más…

⋆ ⋆ ⋆

En el coche que Ray dejó aparcado en el encharcado solar, se habían acercado a la dársena.

Fue al echar pie a tierra cuando se produjeron varios disparos. Les tiraban desde detrás de una pila de tablones.

Se agazaparon junto al coche.

—¡Debemos salir de aquí…! ¡Nos han seguido! —dijo Ray, empuñando la pistola.

—¡No! Conozco este lugar… Cerca de aquí hay un barrio de pescadores amigos.

Los disparos habían sido muy altos. Los proyectiles más bajos solo habían rozado el techo del vehículo.

Pensando en ello, Ray comentó:

—Parece como si solamente quisieran advertirnos que nos siguen.

Los faros permanecían apagados. Unos momentos antes, los dos brochazos de luz habían hecho estremecer millares y millares de hilos de lluvia que se apresuraban tejer una red para apresar la claridad que escapaba de los faros.

En el canal se advertía apenas el balanceo de alguna luz. A lo lejos irrumpieron disparos de fusil.

—¡Nos vamos a tropezar con alguna patrulla! —dijo Ray.

La muchacha pareció afectada por estas palabras.

—Aléjate de mí... Sabré cómo librarme de ellos. Y gracias por todo, Ray.

Él la atrajo hacia sí, estrechándola fuertemente.

—A estas alturas ya no me importa nada de lo que dejo atrás... Vamos adonde tú digas.

Por unos instantes Lue Sikie pareció conmovida, por el abrazo y por las palabras de Ray. Ni él mismo se daba cuenta del fervor que había empleado al hablarle casi al oído.

Al estrecharla había advertido su temblor. Y en Ray únicamente rigió la idea de que bajo su amparo quedaba aquella hermosa criatura y que si la dejaba marcharse, algo muy decisivo en la vida de los dos quedaría frustrado.

Sin más palabras, teniéndola cogida de un brazo, echaron a correr en la dirección que la anamita iba indicando.

Alguna vez Ray volvía la cabeza para mirar adonde habían dejado el coche. Ahora mantenía los faros encendidos y constantemente se veían siluetas de soldados pasando rápidas.

Al poco de andar Ray comprobó que la muchacha no había mentido cuando aseguró que conocía el sitio. Torció a la izquierda en el lugar preciso en que un muro de cemento se interrumpía y enormes bloques de roca formaban la vertiente de la escollera.

Ya en la otra vertiente retrocedieron, siguiendo un sendero que había al otro lado del muro. La noche seguía negra, con su lluvia inexorable.

Ni una sola vez Lue Sikie se detuvo para orientarse. Ni aún cuando entraron en poblado, cruzando profundos barrizales, sin más visibilidad que la escasa luz que salía de alguna barraca.

Tampoco vaciló en el momento en que parándose ante una puerta dio dos golpes en la madera; luego, uno; enseguida, dos más.

Dentro de la choza se oyó un leve cuchicheo. La luz que se filtraba por los intersticios se extinguió. Se oyó un gemir de goznes y Ray sintió en el rostro un repelente vaho surgido de la vivienda.

La puerta estaba abierta y el interior de la barraca completamente oscuro, en el más absoluto silencio.

En el momento de entrar, Ray vaciló. Levantó la pistola que tenía en su mano derecha, pero Lue Sikie le agarró del brazo.

—¡No es necesario, Ray! ¡Son amigos...!

Fue en ese preciso momento cuando notó que alguien se le colocaba detrás. No tuvo tiempo de evitarlo. Un golpe de judo en la nuca lo derribó.

* * *

Por la lámpara que había en un rincón de la cabina notó el balanceo de

la vieja nave. No se oía el ruido de ningún motor; solo el crujir de maderas y el gemido de garruchas.

La embarcación se deslizaba impulsada por la corriente. En el techo de la cabina Ray notaba de vez en cuando ruido de pasos, el golpe de algún madero y, constantemente, el frenético batir de la lluvia.

Ni una sola vez intentó incorporarse. Sentía tal laxitud en sus miembros que tardó mucho en advertir que si hubiera querido levantarse le habría sido imposible, porque estaba sujeto por varias correas.

Oyó pasos en la escalerilla y Ray entornó los ojos, dispuesto a hacerse el dormido. La puerta se abrió, produciendo un agudo gemido, y apareció Lue Sikie, envuelta en un amplio impermeable negro.

Apenas asomar se echó el capuchón hacia atrás y se quedó mirando a la litera. En el lugar en que se detuvo se formó enseguida un charco de agua.

La muchacha, al darse cuenta de ello, se quitó el impermeable y lo dejó en un rincón. Luego quedó quieta, en actitud pensativa.

Ray la tenía ahora de perfil. Una vez más tuvo que reconocer que la silueta de la joven anamita era de lo más bello que había visto.

Absorto, no se dio cuenta que ella se había vuelto de cara e hincaba los ojos en él.

—¿Te sientes mejor, Ray? —preguntó suavemente, acercándose.

—¡Nunca me he sentido mejor que ahora...! Desde luego, la manera de viajar no puede ser más cómoda —contestó Ray, procurando un tono jocoso.

—Te desataré tan pronto hayas oído algunas cosas, Ray —dijo, ya junto a la litera.

La penumbra hacía que sus ojos resplandecieran más. Continuaba teniendo el cabello recogido en trenzas, y el óvalo de la cara destacaba con matices de marfil viejo.

—Sobra toda explicación —replicó Ray—. Si lo que pretendías era que me metiese en este cascarón, pudiste ahorrarte golpearme en la nuca.

—No he sido yo.

—¡La habilidad asiática para adormecer durante horas, de un solo golpe...!

—Te golpeó un blanco.

—¿Se encuentra a bordo? Quiero felicitarlo.

—No se halla en esta embarcación. Salió delante... para preparar nuestro alojamiento.

—¡Dime quién es!

Lo pedía procurando una entonación burlona, pero lo decía muy en serio. Porque aquel individuo le interesaba.

—A su debido tiempo lo verás... Ahora debemos hablar de nosotros. ¡Nunca debiste prestarte a esta farsa! —exclamó, gravemente.

—¿Qué farsa?

—Has dicho que ibas a correr mi suerte…

—¡Y lo hice!

—Todo estaba convenido con tus jefes.

Ray hizo una mueca.

—Me dieron cuerda suelta… Nada más. Y ahora desátame.

La muchacha vaciló unos instantes. Fue acercándose.

—¿Para qué quieres que te desate? Por tu seguridad debes permanecer así.

—¡Desátame! Aunque solo sea para romper tu cara de muñeca, tan pronto me vea con las manos libres.

—Seguramente no me harás tanto daño como al fingir que corrías riesgos por mí.

Ray apretó las mandíbulas.

—¡Suéltame!

Lue Sikie obedeció. Y retrocedió unos pasos, sin dejar de mirarle.

Ray saltó de la litera. Al afirmar los pies en el suelo notó que la nave se había detenido.

Giró rápidamente y asió de los hombros a Lue Sikie.

—¡Escucha, muñeca exótica! ¡Me tienes harto con tus enrevesadas intenciones…! Si desconfiabas de mi sinceridad, ¿por qué no te marchaste antes de que yo llegara?

Era seguro que le hacía daño. Pero la muchacha no oponía resistencia, ni se quejó. Los ojos de Lue Sikie permanecían fijos en los de Ray.

Ninguno de los dos se dio cuenta de que la puerta se abría violentamente. Lo advirtieron cuando oyeron que alguien, en un inglés de marcado acento yanqui, exclamaba:

—No es muy correcta esa actitud, capitán Newman… Tiene en sus manos de acero a una delicada muchacha…

Ray la soltó y se quedó mirando al individuo que permanecía inmóvil en la puerta.

—Bien, cabo Mayne… Me acuso de no haber advertido nunca que tenías la mirada de renegado.

El recién aparecido tenía nariz aguileña, ojos redondos y abultados. Apretó las mandíbulas.

—Sentiría mucho verme obligado a aplicarle otra llave —rezongó.

—Confío en que habrá oportunidad en que me darás una lección de judo… «renegado».

Lue Sikie palideció y con la mirada rogó a Ray que cambiara de actitud.

—Puede que llegue esa oportunidad que desea, capitán —contestó Mayne—. Pero ahora haga el favor de subir a cubierta. Va usted a desembarcar.

Detrás de Mayne se veía a unos cuantos «coolies». Por eso Mayne adoptaba una actitud despreocupada, sin cuidarse de sacar la pistola que

llevaba en la sobaquera.

Ray miró a la joven.

—¿Tú te quedas?

—Ella viene con nosotros —se apresuró a contestar Mayne—. Es el único tanto a favor con que cuenta usted, capitán Newman.

Ray lo miró interrogativo, pero Mayne ya se había vuelto para indicar por señas a los que le acompañaban, lo que tenían que hacer para prevenir cualquier intento de huida.

Mayne se apartó de la puerta y en actitud de mofa se cuadró:

—¡Usted primero, capitán…!

Ray, al ir a pasar, se detuvo ante Mayne.

—Has dicho que cuento con un tanto a favor, «renegado» —y lo miró a los ojos—. ¿Puedo saber cuál es?

—Haber traído al redil a la bella Lue Sikie —y dirigiéndose a la muchacha—: También hay algo a tu favor… Por todo eso Lin Yi no está muy enfadado. Es una suerte.

—¿Qué hay a favor de Lue Sikie? —preguntó Ray.

—Haber empujado a la red a nuestra compatriota Maure… ¡Y al capitán Dornay!

Mayne rompió a reír, mientras Ray se volvía a mirar a Lue Sikie. Nunca el rostro de la muchacha anamita le pareció más inescrutable…

CAPÍTULO V

La que menos esperaba Ray era que Lin Yi los recibiera vestido a la europea. Para el chino debía ser aquel un gran momento.

El edificio se hallaba sobre una altura. Una escalinata de mármol conducía desde el canal a una amplia terraza que precedía la entrada.

El grupo ascendió deprisa los resbaladizos escalones, azotados por la lluvia. A Ray y a la muchacha los habían provisto de sus impermeables.

Los «coolies» iban delante y atrás. Mayne se había adelantado a todos.

La lluvia continuaba en brutales embestidas.

Cuando la pareja llegó al vestíbulo donde aguardaban dos criados chinos, se despojaron del impermeable. Los «coolies» desaparecieron.

Asomó Mayne, en actitud exageradamente ceremoniosa.

—Cuando quieran.

Les señalaba la puerta por dónde acababa de salir. Ray y Lue Sikie pasaron al salón donde les aguardaba Lin Yi.

La primera mirada del chino fue para la muchacha. Ray ya conocía su forma de mirar cuando los ojos pequeños y brillantes, cortados transversalmente por los hinchados párpados, se posaban en la joven anamita.

Muchas noches en el «Gran Delta», en el saloncillo donde la artista recibía a sus amistades, Ray y el chino coincidieron. Desde el primer momento Ray advirtió que Lin Yi estaba loco por la bailarina.

La mirada que ahora dirigió a Ray distaba mucho de la que dedicó a la muchacha. Siempre había ocurrido así. Cuando Lin Yi miraba a la anamita, daba la impresión de que sus ojos y sus manos se revestían de terciopelo, como si fuera a acariciar una porcelana muy delicada y única.

Pero en la mirada que Lin Yi le dirigió a Ray aquella noche, había algo demasiado significativo y peligroso. Ray acababa de advertir que en lo hondo de los ojos de Lin Yi bullían el odio, los celos… Celos, tan claros y violentos como pudiera sentirlos cualquier occidental.

—¡Bienvenidos! —saludó Lin Yi, sonriendo, al tiempo que hacía una reverencia—. El indigno Lin Yi se siente muy honrado de que su humilde casa pueda mitigar en algo las inclemencias del tiempo. ¡Mala noche, capitán Newman!

—No del todo mala, Lin Yi, si se tiene humor para resistirla —contestó Ray.

—Cierto, capitán. Humor y sentido de la poesía. Bella es la noche si se saben ver las estrellas que contiene, aunque permanezcan ocultas —y de nuevo, al dirigirse a la anamita, suavizó la mirada—: ¡Lue Sikie! ¡Nunca

hubiera supuesto…!

Pero la joven que con los brazos cruzados y el ceño fruncido había permanecido callada hasta aquel momento, lo interrumpió:

—¡Guarda tus horrendas cortesías para otra ocasión, Lin Yi! ¡Sabes que me repugnan! Compórtate como si estuvieras borracho. Es entonces cuando se te cae la máscara y se te puede soportar…

—¿De veras, Lue Sikie? —inquirió el chino, sin perder la sonrisa—. ¿Di cómo son sin máscara?

—Tan brutalmente claro como pueda serlo un tigre en el momento en que va a saltar sobre la víctima. Así te prefiero yo…

—También yo —dijo Ray.

Pero Lin Yi siguió dirigiéndose a la muchacha.

—¡Oh, bella! Muchas veces te he hecho notar que tienes nervios occidentales… Yo también tengo prisa esta vez, pues he perdido mucho tiempo aguardándoos… Pero no es tanta esa prisa como para no dar a las cosas el tiempo que precisan. De todas formas —y levantando el índice de la mano izquierda quedó en actitud de escuchar—: ¿Oís? Sigue la lluvia… No hay tanta prisa mientras no deje de llover… ¡Mayne!

El «renegado» se le colocó al lado.

—¿Qué, Lin Yi?

—Avisa a los otros «huéspedes» que estén preparados para recibirnos.

Mayne se retiró por entre dos grandes cortinas. Ray, viéndolo marchar, comentó:

—Maestro en judo; jefe de espionaje… ¡Quién iba a suponerlo! —y se echó a reír.

—¡Espionaje! ¡Oh, capitán! No emplee esa palabra tan antipática —observó suavemente Lin Yi.

—¿Cuál cree que corresponde en este caso?

—Pues… diga simplemente juego. Juego y jugadores. Todo en la vida se reduce a eso… ¿Pasamos a la biblioteca? Allí estaremos más recogidos. ¿No opinas lo mismo, Lue Sikie? Si no recuerdo mal, tú ya has estado en la biblioteca.

La muchacha hizo un gesto de indiferencia.

—No recuerdo.

Pero demasiado que lo recordaba. Incluso estuvo a punto de cambiar de expresión, tan pronto el chino nombró la biblioteca.

—Vayan por dónde se ha ido Mayne… Enseguida seré con ustedes.

Lin Yi se alejó en dirección al vestíbulo para inspeccionar la vigilancia que había quedado a la entrada.

Apenas quedar solos, la muchacha se puso al lado de Ray y mientras andaban, ella murmuró:

—¡Ray…! ¡Existe un sillón…! Yo te lo indicaré. Si te obligan a sentarte… contesta a todo lo que te pregunten… ¡No te resistas!

Ray iba a contestar cuando por entre las cortinas apareció Mayne. Les sonrió, con aquella irritante actitud de abandono y seguridad.

El mismo se encargó de separar las cortinas, para dejarles paso.

Cruzaron dos espaciosas habitaciones para llegar a la biblioteca. Apenas asomar en ella, Ray recorrió con la mirada todos los muebles.

Había varios sillones, pero solo uno estaba tapizado con tela llena de extraños dibujos. Se encontraba en un ángulo, junto a una estantería repleta de libros.

Frente a aquel mueble había una pequeña mesa, rodeada de asientos muy bajos. Sobre la mesita se veían algunas copas y sobre un taburete, un cubo con dos botellas de champaña.

Había un cenicero, con restos de cigarrillo. Uno a medio consumir tenía manchas de carmín.

De algo más se dio cuenta Ray. Era que en la alfombra que cubría el suelo donde estaba el sillón se advertían manchas recientes, como de sangre.

Dando el efecto de que se sentía atraído por la colosal pila de libros, se colocó ante los estantes. Pero apenas miró los títulos. Observaba a su alrededor. Más que nada, el sillón.

Por dos veces Lue Sikie hizo acción de acercarse, pero la sorna con que la observaba Mayne la contuvo.

Lin Yi no tardó en aparecer.

—¡Esto es imperdonable, Mayne! ¿Cómo no los has atendido?

Se colocó junto a la pequeña mesa, cogió una botella y al ir a destaparla, advirtió el interés con que Ray miraba los libros.

—¡Mal vicio para un soldado, capitán! A no ser que ese interés por los libros sea aparente.

—¿Por qué tenía que serlo, Lin Yi?

El chino sonrió.

—Tengan la bondad de sentarse. Usted en ese sillón, capitán… Es el lugar de preferencia.

Ray obedeció sin la menor vacilación. Acomodó el cuerpo y no advirtió nada inquietante. Pero al observar a la anamita la vio angustiada.

—Tú frente a mí, Lue Sikie. No quiero privarme un solo segundo de tu belleza. ¿Tú, Mayne? —preguntó Lin Yi.

—Aquí mismo —y se sentó con abandono en el borde de uno de los asientos, extendiendo las piernas.

El chino procedió a destapar una de las botellas. Mientras llenaba las copas, nadie habló.

Ya todos con las copas en las manos, Lin Yi miró las manos de Ray y de Lue Sikie, por si temblaban.

—Por nuestro buen juego —brindó.

—¿Juega limpio, Lin Yi? —se permitió preguntar Ray.

—Eso se verá en el curso de la partida.

Bebieron los cuatro. En realidad, la muchacha apenas mojó los labios. Ray apuró la copa de un trago. Deseaba algo más fuerte, que le tonificara los nervios. Sabía que se encontraba en el momento decisivo y de la calma que demostrase podía depender el rumbo del juego.

—¿Cuándo empezamos, Lin Yi? —preguntó—. ¿No había otros huéspedes?

—Empezaremos enseguida… En cuanto a los otros huéspedes, vendrán a su debido tiempo… Todo a su debido tiempo, capitán —y mirando a Mayne—: Es de justicia que hagas tú la primera pregunta…

El ex cabo Mayne, con las piernas extendidas y los pulgares bajo el sobaco, recogió los labios, se quedó mirando al techo y, muy lento, cada vez más exasperante, preguntó:

—¿Qué le hizo sospechar que mi «muerte» no era cierta?

Antes de que Ray contestara, Lin Yi advirtió:

—Debo poner en su conocimiento que la partida ha empezado.

Al parecer Ray no podía estar más tranquilo. Mirando a Mayne contestó:

—Después que se te consideró muerto, ocurrieron hechos demasiado extraños… Tuve ocasión de mirar los archivos del Mando y noté que muchos comunicados que yo te ordené transmitir, no figuraban con el texto original. Se apreciaban demasiados «errores»… ¿Basta eso, Mayne?

—No. Los partes pasaban por otras estaciones de radio antes de llegar al Mando. ¿Por qué no había de ser otro el de los «errores»? La referencia de que yo existía ha salido de alguien aquí presente —y clavó la mirada en Lue Sikie.

—Todo a su debido tiempo, Mayne —recordó Lin Yi, bebiendo a pequeños sorbos—. Quizá tu capitán quiera saber cómo determinados partes «estrictamente secretos», pasaban a conocimiento del enemigo.

Mayne soltó una carcajada.

—En su blocao tenía yo suficiente personal para ser el jefe del sector. Todas las noches que interesaba, uno de mis enlaces cruzaba las alambradas portador de un mensaje captado por mí. En esos mensajes se daba cuenta de la ruta que tenía que seguir algún valioso cargamento de armas, o la incursión de algún helicóptero a zona que el enemigo no podía sospechar…

—A cambio de esos servicios, «renegado», ¿qué sacabas? ¿Opio?

La palabra «renegado» podía más que los esfuerzos que Mayne hacía por mostrarse seguro de la situación.

—Opio, oro, divisas… ¡Poder! —contestó Lin Yi, antes de que lo hiciera Mayne, quien estaba a punto de lanzarse sobre Ray—. Ahora, capitán, permítame a mí unas preguntas. El inspector Warner y todo el departamento de información han ido a ciegas todos estos últimos meses.

De pronto se detuvieron, haciendo como que no miraban a ningún sitio. Otro en mi lugar se hubiera confiado…

Hizo una pausa, para llenar su copa. La cogió y acercándola lentamente a los labios, dijo:

—Pero Lin Yi no se descuida… Puse carnada. Me refiero al capitán Caldwell y al teniente Gerson. Dos pobres diablos. Sus pagas no llegaban para atender a bellas muchachas como Lue Sikie. Entonces les propuse que se hicieran pasar por agentes secretos ante muchachas como la que está presente. Recelaba que alguien de mis «incondicionales» me fallaba. El resultado ya lo conoce usted, capitán.

—Solo conozco que el helicóptero en que viajaban fue derribado —contestó Ray.

—¿Nada más? No pretenda perder tiempo, capitán. Estamos en plena partida… Bebe, Lue Sikie. Estoy convencido de que lo necesitas.

La anamita, sentada en una especie de taburete, permanecía con los codos sobre las rodillas y la cara apoyada en las manos. Daba el efecto de que estaba cansada, o aburrida. Con admirable indiferencia cogió la copa y la apuró. Cuando la dejó sobre la mesita todos pudieron advertir que su pulso no temblaba.

—Comprendo que te aburras, Lue Sikie. Así la partida no resulta interesante —dijo Lin Yi—: Haz el favor de llamar a los otros huéspedes.

Mayne se marchó. En el centro de la mesita habían quedado dos copas intactas. Lin Yi las colocó en el borde del tablero, en el lado contrario al de Ray.

Cuando la puerta de la biblioteca se abrió de nuevo, Ray hizo ademán de levantarse. Adivinándolo, Lin Yi se volvió de cara a él y en tono acerado, desusado hasta entonces, le ordenó:

—¡Ahórrese esa cortesía…! ¡No se mueva de ahí…!

Ray obedeció, pese a que todas sus energías le estaban impulsando a la acción. Más de una vez había estado a punto de saltar sobre sus enemigos, pero un sentido de responsabilidad lo contuvo.

Eliminar a Lin Yi o a Mayne, con ser mucho, no era todo. Eso pudo hacerlo el servicio de contraespionaje.

Lo que importaba era llegar al fondo de aquel asunto. ¿Qué cómplices quedaban fuera de aquella casa, y del país? Cortar los hilos sin averiguar de dónde partían pudo hacerlo el servicio de información en cualquier momento.

Ray se mantuvo quieto, agarrándose a los brazos del sillón. Con gran ansiedad miraba hacia la puerta.

Lue Sikie emitió un grito y se puso de pie. Fue en el momento en que Mayne, apartándose del vano de la puerta, cedía el paso.

Pero con ser mucha la sensación que produjo la aparición de Maure, con el semblante demudado, los ojos brillantes, erguida, el mayor efecto lo

causó el capitán Dornay.

Era su aspecto lo que impresionaba. Sus brazos colgaban exangües. Sus piernas vacilaban, cada vez que intentaba dar un paso.

Mas era en su rostro, principalmente, donde los ojos de Ray y de Lue Sikie quedaron fijos, horrorizados.

Infinidad de rayas encendidas de sangre cruzaban sus mejillas, y su frente. Dos aspas se cruzaban en la boca, formando una clara equis.

En silencio, Maure y el capitán Dornay avanzaron hacia el grupo.

⋆ ⋆ ⋆

—Siéntese —dijo el asiático, indicando a cada uno el sitio que debía ocupar.

Desde que Dornay asomó en la biblioteca, no había apartado la mirada de Lue Sikie. Era como si la bella anamita lo hipnotizara.

Fue al sentarse y quedar frente a su amigo y compañero de armas, cuando reaccionó. Sus ojos acentuaron la expresión de pavor. Sus miembros acusaron una fuerte sacudida. Hizo ademán de levantarse, pero desistió, falto de energía.

Lin Yi observaba fijamente a Ray y a Maure.

—Recuerden esto en todo momento —advirtió el chino—. En este juego, nadie debe decir más de lo que se espera que diga —y cogiendo una de las copas que acababa de llenar, se la ofreció a Dornay—: Tome. Y crea que lamento lo que ha ocurrido. Pero la terquedad da malos resultados.



—¡Y ahora, repugnante bicho!...

Enseguida se volvió a mirar a Lue Sikie. Y a Ray.

—Es verdad que lo lamento —repitió, como si acabase de recibir una réplica que le molestara—. Procuren que todas las cartas pinten claras y la partida se desarrollará con toda corrección… Tome su copa, señorita Maure —y haciendo una breve pausa, agregó—: Maure Gerson… El juego se va a proseguir hablando de su hermano.

Se quedó unos momentos en actitud de escuchar el techo. Si era la lluvia lo que le interesaba oír, se advertía un lejano fragor de torrente.

—Hablábamos del teniente Gerson y del capitán Caldwell… Los consideraba incondicionales míos. Los engolosiné con dólares… ¿Le duele oírlo, señorita Gerson?

Maure no contestó. De vez en cuando sus ojos grises se encontraban con los de Ray, y la muchacha pareció pugnar por decirle algo con la mirada.

—Yo tengo a gala no equivocarme nunca con los hombres que elijo —prosiguió Lin Yi, con calma—. Pero con el tropiezo que sufrió el helicóptero que transportaba al teniente Gerson y al capitán Caldwell, he llegado a dudar de que mi golpe de vista sea infalible. Ese helicóptero debió descender muchas millas antes de que llegara a su sector, capitán Newman. Como rebasó el punto señalado, fue derribado por los guerrilleros. Aun así nada hubiera sucedido, porque el aparato tocó tierra sin dificultades. Pero cuando los guerrilleros asomaron les hicieron frente…

Lin Yi se interrumpió para observar a Maure. El rostro de la muchacha yanqui resplandecía.

—¿Le satisface? —preguntó el chino.

—¡No tiene idea…! ¡Hasta este momento pensé que mi hermano era culpable…!

—Y sin duda lo era. Puede creerme. Recibió mucho dinero de mis manos, a cambio de información válida, puedo garantizárselo. Tengo pagarés firmados por él, como otros muchos que pasan por elementos insobornables. El que apareciera muerto, no quiere decir nada. ¿Verdad, capitán Newman? Usted que salió en su auxilio podrá darnos detalles.

—Cuando llegué con mi pelotón, todos estaban muertos —contestó Ray —. Y los guerrilleros pagaron un buen precio…

Lin Yi no acogió la réplica con la habitual calma. Sus ojos brillaron, iracundos.

—¡Sí! ¡Algo pagaron… yeso es lo que va usted a lamentar esta noche! He recibido censuras de los guerrilleros, por la operación tan poco afortunada… Lo que más me molesta es parecer que me equivoqué al elegir a esos dos oficiales. ¿Qué ha podido ocurrir para que cambiarán el rumbo que se les señaló?

—Ese helicóptero venía a mí sector. Traían órdenes secretas —dijo Ray.

—Esa es la versión oficial, capitán Newman. Sé las órdenes que le traían...

—¿Las conoce? Pensé que deseaba que el helicóptero descendiera en punto falso, para que el enemigo se hiciera con sus órdenes.

—Ese era el truco. A Caldwell y a Gerson les hice creer que importaba que simularan la necesidad de inspeccionar determinado claro de la selva. Debían detenerse unos minutos... Al pie de un árbol tenían que dejar una bolsa de viaje, dentro de la cual estaría un mapa con la ruta que se tenía que seguir en las nuevas operaciones de las fuerzas avanzadas. Ese era el truco... Les hice creer que podrían levantar el vuelo, sin más obstáculos...

—¿Y no habría sido, de detenerse en el sitio? —preguntó Ray.

—No. Los guerrilleros querían ese aparato. Lo hubieran paseado como un trofeo más sobre los blocaos...

—¿Nadie de los que iban a bordo hubiera escapado?

—Nadie.

—¿Ese es su juego limpio, Lin Yi?

—No es culpa mía. El capitán Caldwell y el teniente Gerson eran material flojo. Cuando los elegí sabía que pronto se desgastarían. Había que apartarlos... Pero alguien se me adelantó. ¿Quién?

Y lentamente fue mirando a Ray, a Dornay, a Maure, y por último a Lue Sikie.

—Alguien les advirtió que iban a morir en ese viaje, y emprendieron rumbo a su blocao, capitán Newman. ¿Quién fue el que los avisó?

Ahora los ojos de Lin Yi se clavaron en la joven anamita.

—¿Por qué me miras a mí? —preguntó Lue Sikie.

—Siempre me ha gustado tu rostro... En cuanto a la pregunta que he hecho, espero respuesta. Si las cartas no pintan claras, no será mía la culpa —y volviéndose de cara a Ray—: Bien, capitán: ¿puede aportar alguna información?

Quedó un dramático silencio. Un silencio acentuado por el lejano fragor de la lluvia.

Maure no apartaba los ojos del rostro de Ray. Lue Sikie se daba cuenta de ello.

La joven rubia quería indicarle algo con la mirada, pero Lue Sikie no supo entender que lo que ella trataba de decir a Ray era que sentado en aquel sillón corría peligro.

Un ramalazo de celos la hizo levantarse.

—¡Maure! ¿Por qué no habla de una vez? ¿Quiere que lo torturen, como al capitán Dornay? —preguntó Lue Sikie.

Se había vuelto para colocarse delante de Maure.

—¿Por qué no hablo? —preguntó a su vez la yanqui, con fría serenidad —. ¿Y me lo pregunta usted?

—¡Sí! ¿Por qué no habla? ¿Por qué espera que sea yo quien descubra

que su hermano se llevaba un doble juego...? ¡El inspector Warner estaba de acuerdo con él, y usted lo ha oído de sus propios labios...!

Le daba la salida y Maure acusó un gesto de sorpresa.

Lue Sikie retrocedió unos pasos, colocándose en un sitio desde el que podía abarcar a todos con la mirada.

Lin Yi permanecía sentado y su mirada había vuelto a adquirir el matiz suave con que contemplaba la preciosa porcelana, ejemplar único.

—¡Comprendo! ¡He de ser yo quien lo diga; yo quien ponga la sucia verdad ante los ojos de Ray! —prosiguió Lue Sikie—. ¡Yo he de hablar mal de su amigo y compañero de armas...!

Maure se dio cuenta de que no solamente le daba una salida, sino que la atacaba por celos. Y replicó:

—Usted me impuso la condición de callar...

—¡Muy interesante! —intervino Lin Yi—. ¿Desde cuándo una muchacha asiática ha podido imponer condiciones a una mujer americana?

—¡Ya todo un coronel y a un jefe de información! —prosiguió la bailarina, embriagándose en su furia—. ¡Y tú mismo, Lin Yi, no has hecho hasta ahora más que obedecer mis consignas...!

El chino parpadeó, pero no perdió la sonrisa.

—¿Estás segura?

—Si no fuera así, ¿cómo tú y el «renegado» Mayne ibais a permanecer en esta casa, en momentos en que todo el servicio de contraespionaje está tras de vosotros?

Lin Yi no se movió, ni alteró su expresión complacida. Diríase que gozaba viendo a Lue Sikie entregada a aquel frenesí.

Otra cosa bien distinta ocurría en Mayne. La forma con que la anamita pronunció «renegado» le hizo saltar del asiento. Su puño derecho llegó a levantarse.

Pero al aludir la muchacha el riesgo que estaban corriendo al permanecer allí, su furia se apagó. El miedo empezó a asomar en su cara.

—¿Por qué no abreviamos? —preguntó, dirigiéndose a Lin Yi.

El chino miró al techo.

—Hay tiempo.

Siguió mirando al techo, o más bien, indicando el fragor de la lluvia.

Esto sirvió para que Ray acabase de cerciorarse de que precisamente aquella circunstancia que él consideró adversa al principio, el temporal, podía convertirse en un factor muy favorable.

—¿Cuándo el palanquín atentó contra el capitán Newman, también obedecía yo tus órdenes? —preguntó Lin Yi.

—¡No! ¡Pero te salió mal! —contestó la anamita—. ¡Te salió mal porque eso me dio a entender que tú ya no te fiabas de mí...!

De los seis que había presentes, dos personajes parecían ajenos a cuanto sucedía. Uno de ellos era el capitán Dornay. En este no era extraño, dado

su estado.

Lo sorprendente era que precisamente Ray, sobre quien estaba girando la situación, no hallase otra cosa de mayor interés que observar a su amigo. O cuando no, que se entretuviese en tocarse los botones de la chaqueta, o en descansar las manos sobre las rodillas y mover los dedos.

Pero ni su indiferencia era verdadera ni aquella distracción de contar los botones y mover los dedos sobre las rodillas dejaban de tener significado.

En su interior Ray se estaba quemando. La angustia empezaba a apoderársele. Varias veces había puesto en juego de ademanes el «Código Bill», sin resultado.

No lo hubiera intentado siquiera si no hubiera sabido por Lue Sikie, cuando se dirigían al canal, que el sargento Sims se encontraba en Saigón, colaborando con Dornay. Era de suponer que el sargento también se hubiese ofrecido a acompañarles. Y en último caso, de tener que renunciar a ir con ellos, le hubiese dado a Dornay someras instrucciones sobre el «Código Bill».

Otra vez contó los botones, pero ya sin esperanza. Aun en el caso de que el sargento le hubiese revelado algo, las condiciones mentales de Dornay no parecían en condiciones de recordar nada.

—¡Pienso destruirte, Lin Yi! —prosiguió la joven anamita—. ¡La niña yanqui tenía miedo de jugar la carta que yo misma puse en sus manos! ¡Toda una serie de imágenes y de nombres que trabajan por su propio provecho! —se volvió rápida, alentando fieramente—. ¿Me escuchas, Ray?

—Te escucho, Lue Sikie —contestó Ray, acusando un leve estremecimiento.

—¡Me vas a odiar…! Pero yo ya he renunciado a todo…

Ray tenía entonces algo más importante que hacer que prestar atención a Lue Sikie. ¡El capitán Dornay acababa de contestar uno de sus ademanes del «Código Bill»!

Fue cuando por décima vez Ray puso los dedos en uno de los botones de la chaqueta. Estuvo tocándolo, como queriendo cerciorarse de que lo tenía bien prendido a la tela. Y su significado era: «¿Solos? ¿Habéis venido solos?»

El capitán Dornay pareció cansarse de su inmovilidad y colocó las manos sobre las rodillas. Abrió los dedos. «No estamos solos».

Ray cerró entonces su mano izquierda. Enseguida la abrió. Tocó un botón una vez. Otra…

Cada vez cerrando la mano. Otra. Tres veces tocó el botón. Tres veces abrió la mano, mostrando los cinco dedos.

«CUENTA TRES VECES CINCO…» Y Ray inició el ritmo a seguir, encogiendo un dedo tras de otro. «Uno… Dos… Tres»

—¿Qué le contesta, Lin Yi? ¿Quiere que lo haga yo? —preguntó Mayne,

con el rostro encendido por la cólera.

«...Ocho... Nueve... Diez...» Ray tenía ya bien afirmados los pies en el suelo.

A dos pasos del capitán Dornay se encontraba Mayne, mirando a Lin Yi, esperando una orden de entrar en acción. Empuñaba una pistola.

—Habrá tiempo, Mayne... Está muy hermosa así, con esa furia en los ojos —dijo el chino.

«...Trece... Catorce... ¡Quince!...»

El capitán Dornay se desplomó a los mismos pies de Mayne. Este inclinó la cabeza. Al mismo tiempo Ray parecía impelido por una catapulta.

Fue a caer de cabeza contra el cuerpo de Mayne. La pistola se le fue de la mano, emitió un aullido y cayó de espaldas, seguido de Ray.

Lin Yi, tras unos momentos de indecisión, con una mano cogió a Lue Sikie, que era a quién tenía más cerca, y trató de inmovilizarla. Con la otra mano apartó el faldón de su chaqueta, bajo el cual apareció una pistola.

Pero no tuvo tiempo de desenfundarla.

—¡Suelte a esa muchacha! ¡No vacilaré en disparar...!

Era Maure que le apuntaba con el arma que Mayne había perdido. Su voz, su pulso firme, más el brillo que acababa de aparecer en sus ojos grises, convencieron a Lin Yi que aquella amenaza no era en vano.

En el suelo se debatían Ray y Mayne. Era una lucha sorda, Mayne tratando de aplicarle una llave, Ray esquivándole.

Lin Yi soltó a la anamita. Esta, apenas verse libre, se colocó detrás de Lin Yi y antes de que este pudiera darse cuenta, le quitó el arma que todavía guardaba en la pistolera.

—¡Y ahora, Lin Yi, siéntate! —la muchacha le indicaba el sillón.

El chino, al primer momento, pareció aterrorizado. Luego sonrió, tranquilo.

—Tus deseos son órdenes para mí —e inició una reverencia.

En ese momento Ray se incorporaba teniendo cogido del pecho a su contrario.

—¡Y ahora, repugnante bicho...!

Lo soltó en el momento en que lo tuvo de pie. Todavía le dio tiempo para que se pusiera en guardia.

Pero Mayne, en vez de cerrar los puños, hizo un movimiento extraño.

—¡Llaves, no! ¡He rehuido emplearlas contigo porque quería esto! ¡Y esto...!

Cada palabra de Ray iba acompañada de un formidable golpe. Magne retrocedió echando sangre por la boca.

Durante unos momentos estuvo yendo de un lado para otro, entregado a una absurda danza. Por fin cayó, y desde el suelo se quedó mirando con ojos de beodo.

El capitán Dornay se encontraba todavía en el suelo y mantenía un poco levantada la cabeza. Constantemente abría y cerraba los ojos, como si con ello tratara de ahuyentar la niebla que sentía en su cerebro.

Ray corrió a la puerta de la biblioteca y la cerró por dentro. Desde allí se quedó mirando al grupo.

Maure se había inclinado sobre Dornay y le ayudaba a levantarse. Lue Sikie, unos pasos distante del chino, seguía apuntándole. Lin Yi permanecía en el sillón, sin dejar de sonreír.

Ray corrió al lado de Maure y Dornay. Cuando el herido pudo sentarse, se quedó mirando al asiático.

—¡Canalla…!

Apenas se le oía. Todo lo decía el gesto, la dureza de su mirada.

—¿Qué es lo que ha ocurrido? —preguntó Ray, dirigiéndose a Maure.

—Yo no estaba aquí cuando le hicieron esto —contestó. Maure, en tanto le pasaba un pañuelo por las heridas. Miró de soslayo al sillón y agregó—: Creo que ese mueble es una máquina de tortura.

—¡Sí! —afirmó Dornay, por momentos más reanimado—. ¡Una maldita máquina…! ¡Pero no sé cómo funciona…!

Sus ojos echaban fuego. Los labios los tenía llenos de espuma sanguinolenta.

En ese momento Lue Sikie le ofrecía una copa a Lin Yi.

—¡Bebe! ¡Te hará falta…!

—¡No perdamos tiempo! —dijo Ray, en el momento en que se inclinaba sobre Lin Yi, para agarrarlo del pecho.

—¡Quieto, Ray! —advirtió Lue Sikie.

Con el gesto le indicó que retrocediera unos pasos…

—¡Hemos de ver la forma de salir de aquí! —manifestó Ray, poseído de la mayor impaciencia—. ¡Al diablo lo que quede por saber! ¡Estos dos canallas van a servirme de garantía en tanto vosotras dos y Dornay escapáis…!

—No es difícil entrar en esta casa —dijo Lin Yi, suavemente—. Otra cosa bien distinta es salir de ella, sin consentimiento del dueño.

Ray volvió a colocarse encima de él, ahora amenazándolo con un puño.

—¡Pero tú vas a hacer que estas dos muchachas y mi amigo salgan sin dificultades! ¡Nos quedaremos el «renegado», tú y yo, para seguir el juego…!

—Nada conseguirás de mí —contestó el chino—. Mi raza sabe resistir…

Lue Sikie se había alejado. Rodeó la mesa escritorio y se sentó en el sillón que había ante ella.

—¡Apártate, Ray! —dijo de pronto.

Aún no había vuelto él la cabeza para mirarla, se produjeron unos suaves silbidos. Ray dio un salto hacia atrás. Tuvo la sensación de que varias espadas invisibles cortaban el aire.

Lo que vio en el sillón donde estaba sentado Lin Yi lo impulsó a seguir retrocediendo. De los lados del mueble y del respaldo surgían varias cintas de material plástico que se enroscaban al cuerpo de Lin Yi, inmovilizándolo.

Nunca el asiático tuvo unos ojos más grandes, ni menos oblicuos que cuando se sintió apresado por las brillantes cintas...

Aquella resistencia de que momentos antes se había jactado, se desvaneció.

Ray observaba las cintas y se dio cuenta de que solamente ejercían sobre el cuerpo un leve contacto. Pero se notaba que era suficiente para reducirlo a una total inmovilidad.

Sentada frente a la mesa escritorio, con los dedos de la mano derecha presionando en una moldura del mueble, Lue Sikie sonreía.

—Antes de que salgamos de aquí, Lin Yi, dile a Ray quiénes son tus cómplices —indicó la anamita.

Apenas decirlo, como para darle a entender que no pensara en resistirse, presionó en la moldura y una infinidad de sutilísimos hilos inflamados tejieron una especie de telaraña sobre el rostro del asiático.

Se percibió un leve zumbido que quedó ahogado por el aullido que emitió Lin Yi.

—¡No!... ¡Espera!... ¡Diré lo que quieras...!

—Eso está mejor —comentó Lue Sikie, haciendo desaparecer la inflamada telaraña—. Cartas boca arriba.

Ray, Maure y Dornay miraban horrorizados el rostro del asiático, cruzado por finísimos cortes, en los que la sangre ponía por momentos un trazo más vigoroso.

—¡Maldita! —rugió Lin Yi—. ¿Cómo has llegado a saber?...

—Se te cae la máscara cuando bebes —contestó la danzarina, parodiando el tono suave y la sonrisa que antes mantuvo el chino—. Te vuelves muy charlatán y pones enseguida de manifiesto tus sueños de poder. Tú mismo me enseñaste los resortes de esta diabólica máquina... Me gustó tanto que la fotografié dos veces.

Volvió la cara hacia donde estaba el grupo. En ese momento se notó que presionaban la puerta de la biblioteca. Ray hizo seña de que guardaran silencio, y pistola en mano fue hacia allí pisando suavemente.

Acababa de detenerse ante la puerta, haciendo ademán de escuchar, cuando Maure advirtió:

—¡Cuidado, Ray!

Al mismo tiempo sonó un disparo, Mayne acababa de incorporarse con sorprendente elasticidad, apenas pasó Ray por su lado e iba a atacarle por la espalda.

El proyectil le alcanzó en un brazo, pero Mayne se dejó caer como fulminado.

En la mesa escritorio permanecía Lue Sikie empuñando el arma con la que acababa de disparar contra Mayne.

De pronto todo quedó sumido en la oscuridad. Y se oyó la voz de Lin Yi, una voz hendida de triunfo:

—¿Y ahora qué?... ¡Sois ratas acorraladas...!

Sus últimas palabras quedaron ahogadas por los disparos que Lue Sikie hacía contra el sillón. Pero allí ya no se encontraba Lin Yi.

Los resortes de la máquina actuaban por electricidad y el apagón obedecía a una consigna del asiático. Hacía unos momentos que la presión en la puerta dejó de oírse.

Ray, antes de dirigirse adonde estaban sus amigos, advirtió:

—¡No dispares, Lue Sikie!

—¡Se nos escurrirán! ¡Esta habitación tiene muchas salidas!

—¡No importa!

Todo quedó sumido en el mayor silencio. Únicamente se oía el lejano fragor de la lluvia.

Ray consiguió llegar junto a Dornay y Maure. Luego Sikie se les agregó, deslizándose como un felino:

—Sé una salida que conduce al canal... ¿Interesa?

—Sí... Nos dividiremos en dos grupos. Yo quedaré en la biblioteca —dijo Ray.

—Si conseguimos... Hay fuerzas de socorro, esperando la señal —anunció Dornay.

—¡Tú solo no puedes quedarte! —objetó Maure, con impresionante energía—. ¡Todos vinimos a correr la misma suerte!

Lue Sikie, tras una pausa, manifestó:

—Me llevaré al capitán Dornay... Una vez lo haya dejado en sitio seguro, regresaré.

Dornay y Lue Sikie se deslizaron junto a Ray y Maure. La salida debía hallarse muy cerca, porque enseguida tuvieron la sensación de que quedaban solos.

Ray cogió de un brazo a Maure y presionando sobre él, fue indicándole cuándo debía detenerse.

Transcurrieron unos tensos minutos. Ray había conseguido llegar a la puerta de entrada de la biblioteca y con mucho cuidado procuraba descorrer el pasador.

De pronto las luces se encendieron. Al mismo tiempo, sobre el rumor de la lluvia, apareció un estruendo de armas de fuego. Se oían lejos, en puntos distintos.

Apenas encenderse las luces, Ray cubrió con su cuerpo a Maure, y pistola en mano miró en todas direcciones.

Lo primero que advirtió era que el cuerpo de Mayne había desaparecido. Se veía un reguero de sangre que conducía a una abertura

que había muy cerca del fatídico sillón. Por allí debían haber desaparecido Lin Yi y Mayne.

Había otra abertura cerca de la mesa escritorio. Era la que utilizaron Lue Sikie y Dornay.

Ray esperó unos momentos. A nadie se oía en la casa. Todos los ruidos procedían del exterior. Por instantes el tiroteo era más nutrido.

Siempre amparando con su cuerpo a la muchacha, fueron deslizándose hacia la mesa. Faltándoles poco para llegar, por una abertura asomó Lue Sikie. Al verlos juntos quedó un poco indecisa. Luego, sonriendo:

—¡Vámonos!... ¡La salida está libre...!

—¿Estás segura? —preguntó Ray, yendo hacia ella.

—¡El canal está ocupado por fuerzas militares! ¡Lin Yi y su banda están intentando escapar por medio de lanchas! ¡Pero no lo conseguirán! ¿Oís?

El tiroteo proseguía. Ahora se oían ráfagas de ametralladora.

—Es posible que ahora solo piensen en huir, Ray —opinó Maure, extrañada por la indecisión de él—. Lin Yi nos dijo varias veces que tan pronto terminara con nosotros, él y Mayne escaparían en un helicóptero... La persistencia del temporal le tenía muy preocupado. Habrán optado por huir en lancha...

Ray cada vez parecía más receloso. Hizo una mueca y preguntó:

—Si todos se han ido, ¿quién ha encendido la luz?

El pasadizo que había utilizado Lue Sikie tenía una suave pendiente. Estaba revestido de cemento y desembocaba en una pequeña plazoleta en forma de cuña, que se adentraba en el canal.

A cada paso que daban, Ray miraba atrás. Delante iba la anamita.

—Dornay nos espera en la lancha.

—Voy a hacerlo volver —dijo Ray.

—¿Qué temes? ¡Ellos ya solo piensan en huir! —replicó Lue Sikie.

Ray miraba a la boca del pasadizo como si recelara que de un momento a otro fuera a quedar cerrada.

—¡Está bien! ¡Iré por Dornay! —dijo la anamita.

—¡Voy yo!

Pero la muchacha ya había echado a correr hacia donde estaba la lancha. Se detuvo unos momentos para mirar atrás, donde quedaban Ray y Maure.

Un potente reflector volcó entonces su luz sobre las piedras contra las que golpeaba la fuerte lluvia.

Lue Sikie intentó mirar hacia arriba. Pero enseguida tuvo que ponerse las manos en los ojos, deslumbrada.

—¡Échate! —le gritó Ray—. ¡Conque la salida estaba «libre»!

—¡Tenemos la lancha aquí! —contestó Lue Sikie—. ¡Está a cubierto...!

—¡No os mováis de aquí! ¡Voy a hacer que calle esa ametralladora...!

Y antes de que nadie pudiera contestar, Ray desapareció por el

conducto. El reflector pasaba ahora su luz por la otra orilla. La plazoleta estaba casi a oscuras. Lue Sikie corrió a la boca del pasadizo.

—¡Vaya a su lado!

—Ray quiere correr su propia suerte, solo... Y en la lancha hay un hombre herido...

—¡Yo cuidaré de él! ¡Váyase al lado de Ray...!

Echó a correr. Dio un salto, para salvar la baranda de la plazoleta y caer cerca de la lancha, cuando el reflector la apresó. Enseguida se oyó el puntear de la ametralladora.

Lue Sikie abrió los brazos y cayó al agua. De la garganta de Maure se escapó un grito y sin cuidarse de la luz y los proyectiles, cruzó el área de tiro y se lanzó.

Era una formidable nadadora. En la lancha, Dornay gritaba, haciendo esfuerzos por lanzarse en ayuda de Lue Sikie, a quién se veía emerger cada vez más lejos de la lancha.

—¡Sígame en la lancha, Dornay! —le gritó Maure, braceando en dirección a Lue Sikie.

El reflector pasaba ahora su luminoso haz sobre ambas orillas...

CAPÍTULO VI

Cuando Ray llegó a la biblioteca, sin vacilar un segundo, se metió por la abertura que había cerca del sillón de tortura. Sabía que en aquel momento solo la decisión y la rapidez podían conducirle al éxito.

Después de atravesar una pequeña habitación que se hallaba sumida en la penumbra, empezó a ascender por una escalerilla de cortos tramos. Al poco llegaba a un departamento de techo muy bajo, en el que se veían varias puertas.

En un rincón había una emisora, medio desmontada. No se entretuvo en examinarla, ni siquiera en escoger la puerta que debía abrir.

Se la indicaban los chasquidos de ametralladora. Con la pistola lista, fue avanzando, pegado a la pared. Cuando llegó a la puerta, presionó con cautela y la encontró cerrada.

Con todo ímpetu se lanzó sobre ella. Pero no pudo abrir. Embistió varias veces y por fin hizo dos disparos.

La puerta fue abriéndose…

La ametralladora había dejado de disparar. Eso era demasiado significativo. Ray se apartó del marco y con un pie empujó la puerta.

Fue en el preciso instante en que Lin Yi giraba la ametralladora hacia el marco. Llegó a soltar una ráfaga.

Pero Ray se había echado en tierra, asomando apenas el cañón de la pistola.

Bastó un disparo. El proyectil alcanzó a Lin Yi en el entrecejo y un rojo borrón apagó la red de sangre que los sutiles hilos de acero del sillón habían tejido sobre su rostro.

Desde el exterior seguían llegando proyectiles, que chocaban contra la pared de cemento, donde había dos aberturas: una para el reflector y otra para la ametralladora.

La vista del reflector dio el alerta a Ray. Se incorporó rápidamente y de un salto se colocó en el otro lado de la puerta, para observar la otra parte deja habitación.

Un individuo, con el brazo izquierdo vendado, avanzaba empuñando una pistola con la derecha. Iba inclinado, mirando el intersticio que dejaba la puerta con sus bisagras.

Al pasar Ray al otro lado, el individuo se estremeció.

Surgió una llamarada, y Mayne soltó el arma, el brazo derecho atravesado.

—Bien, «renegado»: Creo que ya no podrás aplicar ninguna clase de llave —dijo Ray.

Mayne, con los dos brazos heridos, parecía haberse levantado de otro sillón de tortura.

—Tendrás muchas cosas que contar al departamento de información —comentó Ray, al tiempo que se dirigía adonde estaba el reflector.

Lo encendió y lo apagó tres veces seguidas. Luego lo dejó encendido, enfocándolo hacia el canal, procurando que la plazoleta quedara en penumbra.

Rápidamente vendó a Mayne y le obligó a salir. Cuando llegaron a la biblioteca, se oían golpes en la puerta.

Junto con los golpes se oían intermitentes silbidos. Ray corrió a abrir. El sargento Sims y varios soldados entraron en tromba.

—¿Lo conoces? —preguntó Ray.

La respuesta del sargento fue escupir a los pies de Mayne.

Obedeciendo instrucciones de Ray, los soldados se dividieron en tres grupos. Uno se dirigió adonde estaba la ametralladora; otro quedó en la biblioteca.

El tercero, el que encabezaba Ray, marchó a la plazoleta. Al no encontrar a las muchachas ni ver la lancha, pensó que habían salido los tres, aprovechando el momento en que la ametralladora dejó de batir el canal.

El tiroteo iba amainando. La lluvia, no.

A lo lejos empezó a brillar una luz que se acercaba muy rápida, pese a que iba contra corriente.

La motonave entró en el área de luz. Era una embarcación militar.

A bordo iban el coronel Hubbard, el inspector Warner y varios subordinados.

—¡Vamos a recibirlos! —dijo Ray.

Momentos después salían por la puerta principal y descendían la escalinata. Junto a la motonave se veía a un grupo.

Dos camillas fueron subiendo los peldaños, llevadas por soldados.

En la que iba delante estaba Lue Sikie. En la segunda, el capitán Dornay.

En una cabina de la motonave, envuelta en mantas, se hallaba Maure, aterida, más que por el frío, por la conmoción que la poseía.

Sobre una mesita tenía una taza de café. De vez en cuando sacaba un brazo desnudo, cogía la taza y bebía un sorbo.

El cabello, todavía mojado, se le pegaba al rostro. Maure mantenía la mirada fija en el humo que salía de la taza.

Un humo muy tenue, que de pronto le hizo recordar los sutiles hilos de luz que atormentaron la cara del capitán Dornay.

Lanzó un grito y se cubrió el rostro con las manos. La manta se deslizó de sus hombros.

Notó que la cubrían. Alguien había entrado sin ella oír que llamaban.

Levantó la cara y vio a Ray. Únicamente él había entrado en la cabina. Y el movimiento que Maure hizo con los brazos para acabar de cubrirse, recordó el que horas antes hizo Lue Sikie.

Los ojos de Ray se humedecieron.

—Está muriendo… Pide verte…

—¡No!… ¡Estoy deshecha!… ¡No puedo más!… ¡No puedo más…!

Pegó el rostro contra la manta que le cubría el pecho y lloró.

Ray cogió la taza de café y se la acercó a los labios.

—Ha sido horrible… pero conseguimos lo que buscábamos. El «renegado» Mayne está declarando…

—¿Qué ha dicho de mi hermano?

—No podré decir más de lo que oímos a Lin Yi… Lo más importante, el que cambiaran de ruta cuando iban en el helicóptero, lo sabe Lue Sikie. Te llama para decírtelo…

Maure se incorporó con súbita decisión. Por unos momentos su cuerpo desnudo se entrevió por la abertura que dejaban las mantas.

—Te espero afuera —dijo Ray, saliendo.

* * *

En la biblioteca, teniendo enfrente el sillón fatídico, Mayne prestaba declaración.

El inspector Warner no perdía el tiempo. Sus preguntas saltaban de un tema a otro y a primera vista parecía que nada guardaba relación.

Pero poco a poco, en el bloc que uno de sus ayudantes iba escribiendo fechas y nombres, quedó plasmada la red que tanto había obsesionado al departamento de contraespionaje.

El resultado no podía ser más satisfactorio, pero también deprimente. Aparecían complicidades de personas situadas, no solamente en las finanzas, sino en la política…

En la habitación donde habían situado a Lue Sikie, la joven anamita miraba a Maure y a Ray, que se habían situado a un lado del lecho.

Con frases entrecortadas explicó lo ocurrido con el teniente Gerson y el capitán Caldwell.

Ray, que los conocía a fondo, coincidía con lo que dijo Lin Yi: de que era material que se tenía que desgastar muy pronto.

—Estaban agobiados de deudas… Lin Yi les ofreció una salida. Les dijo que quería conocer el movimiento de tropas, no para hacerles daño, sino para esquivarlas y pasar cargamentos de opio hacia este lado…

Cuando Lue Sikie se dio cuenta de que Lin Yi y los que le respaldaban no hacían más que utilizar la gente de un lado y otro para su propio provecho, decidió desenmascararles.

Al saber por boca del teniente Gerson que iban al blocao de Ray, la anamita lo acosó a preguntas.

—Me di cuenta que Lin Yi les pedía que se detuvieran a muchas millas de tu sector… Y les revelé la verdad…

Los convenció de que iban a la muerte. Entonces Lue Sikie les propuso una salida que los salvaría del paredón.

Les entregó el microfilm. Pero la clave la daría Lue Sikie, cuando supiera que Ray había sido informado por ellos mismos de cuanto les ocurría.

—Tú habrías decidido si había que ayudarles —concluyó la muchacha.

Maure, pese al dolor que sentía, se dio cuenta de que la anamita obró así tanto por colocar a Ray en una situación de relieve, como por justificarse ante él.

Lue Sikie se quedó mirando a Maure.

—Te arriesgaste… por mí… Creí… que me odiabas…

Y enseguida miró a Ray. Sus ojos fueron apagándose, mientras en sus labios se encendía una sonrisa…

Maure no se dio cuenta que había expirado hasta que Ray le puso una mano sobre un hombro.

—Sal.

Él le cerró los ojos. Y en presencia de Maure la besó. Enseguida le cubrió el rostro con la sábana.

* * *

Diríase que el temporal de lluvias que persistió durante varios días casi sin interrupción, impedía que aquel fuego sordo desencadenado contra la poderosa organización saliese a la superficie.

Una vez más el inspector Warner dio una prueba de su temple. Cuando Mayne terminó de hacer revelaciones, el inspector disponía ya de suficientes elementos para dejar desmontada la siniestra banda que tanto en la selva como en las ciudades de la retaguardia producía tantas víctimas.

Inspeccionadas todas las fincas que habitó Lin Yi, se procedió a la limpieza en las ciudades. Se cursaron radiogramas a los Estados Unidos y a distintos países del Pacífico donde existían importantes cómplices, escudados en una respetable situación.

La redada se hizo calladamente, procurando no sembrar la alarma. Incluso en Saigón, donde existían complicados muy allegados a departamentos oficiales, la represalia se efectuó con tanta discreción, que muchos no lo advirtieron hasta días después, cuando ya los principales estaban en prisión.

Refiriéndose a la habilidad con que el inspector actuó, dijo el coronel Hubbard:

—Ese hombre tiene nervios de jefe de guerrilleros ¿No opina usted lo mismo, Ray?

El capitán pasaba por uno de los períodos de mayor depresión y miró sombrío a su jefe:

—Destínenlo a la selva y que ponga allí en práctica sus jugadas lentas.

El coronel sabía qué ocurría en Ray, y replicó:

—No culpe al inspector por su lentitud. Nada hubiera cambiado de obrar más deprisa.

—¿Nada? ¡Lue Sikie no hubiera sido sacrificada!

—Usted sabe demasiado que esa muchacha no hubiera aceptado de nosotros ninguna protección. Ella se dedicó a su pueblo y cuando advirtió el mal uso que se hacía de sus servicios, quiso romper con todo. Ni siquiera el amor a «determinada persona» la hubiera disuadido de morir en la hoguera. De no caer aquí, Lue Sikie hubiera desaparecido en la selva.

—¡Algún día la hubiera encontrado!

—No quiera engañarse, Ray.

—¿Por qué dice eso?

—El que ustedes volvieran a encontrarse no hubiera producido más que nuevas desgarraduras en el alma de esa extraordinaria criatura. Acepte las cosas como han venido. Ella le brindó lo mejor que había en su alma. A la hora de romper con todo, quiso que usted fuera quien diera el hachazo definitivo. Y puedo decir que la pasión no la cegó al escoger el hombre. Actuó usted con un temple admirable… Va camino de un ascenso, Ray.

Ante el gesto de repulsa que hizo el capitán, el coronel cambió de tema.

—El capitán Dornay ya ha sido examinado por el cirujano que lo va a tratar. El capitán Dornay saldrá ganando. El cirujano asegura que le va a dejar una cara de galán de cine —y trató de reír, esperando que Ray lo secundara, pero este permanecía abstraído.

Tras un prolongado silencio, Ray preguntó:

—¿Ya han decidido lo que se va a hacer respecto al teniente Gerson y el capitán Caldwell?

—Todo está hecho. Se mantendrá la versión del principio: muertos en el cumplimiento del deber… La señorita Maure, nos lo ha agradecido como si fuera ella la que se libraba del pelotón. ¡Qué gran muchacha! Ha renunciado a todas las comodidades que le ofrece la vida en nuestro país, para dedicarse a misiones sanitarias en los puntos más peligrosos de este continente… Pero ya se lo debe haber dicho ella misma.

—No nos hemos vuelto a ver desde que dimos tierra a Lue Sikie.

Ni se vieron durante varios meses. Ray renunció a un largo permiso y volvió a su unidad. Estuvo algunas semanas actuando de instructor del ejército vietnamita, pero se cansó y pidió el traslado a uno de los puntos avanzados.

Por esas fechas el Vietnam del Sur pasó al primer plano de los periódicos de todo el mundo. Monjes budistas se rociaban con gasolina y se prendían fuego, en señal de protesta contra la actitud del Gobierno.

Varias pagodas fueron ocupadas por el ejército survietnamita y multitud de monjes detenidos.

El Gobierno de Washington denunció las medidas adoptadas por el Gobierno del Vietnam del Sur. El fuego parecía que iba a extenderse por todo el sureste asiático.

En un puesto fronterizo con Laos, Ray tuvo que hacer frente a varios ataques de guerrilleros. En uno de los choques que duró dos días, tuvo multitud de bajas.

Estaban aislados y tuvieron que prestarles auxilio por transporte aéreo. Los heridos más graves fueron evacuados enseguida.

Los otros quedaron en el blocao a la espera de que la situación se apaciguara y se pudieran utilizar las pistas.

Una mañana, de uno de los helicópteros, Ray vio que descendía Maure.

Cuando se saludaron, los dos se miraron fijamente a los ojos.

—Te necesitaba —murmuró Ray.

—También yo, Ray…

Aquella noche, ante la serenidad del firmamento, los dos confesaron que no bastaba el querer aturdirse en una misión. Los dos reconocieron que casi inconscientemente habían seguido la ruta señalada por Lue Sikie: remediar males de un pueblo que el destino había colocado en una difícil encrucijada.

Hablando, súbitamente cayeron uno en brazos del otro. Besándose, los cuerpos estrechamente unidos, ambos tuvieron la sensación de que también ahora obedecían a un mandato de Lue Sikie…

F I N



LA BOLA NEGRA

por Clark Carrados

A bordo de la goleta, nadie hablaba. Todos se miraban unos a otros, estupefactos, aturdidos, llenos todavía sus ojos del horror que habían presenciado unos segundos antes.

Barain volvió su vista hacia la muchacha. Imógene quiso hablar, pero supo contenerse a tiempo. En aquellos momentos tenía la seguridad de que alguien, ignoraba su identidad. había querido asesinarla.

Un clima de pesadilla se abate sobre los personajes de

LA BOLA NEGRA

los cuales se enfrentan a un extraño horror y van muriendo uno tras otro...

LA BOLA NEGRA

ès el título de la última novela de

CLARK CARRADOS

¡No deje de leerla!

PRESIDENTES DE LOS ESTADOS UNIDOS



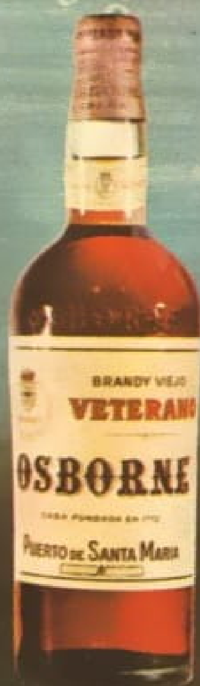
Con grandeza e intensidad distintas, treinta y cinco estrellas brillan en el firmamento político de la gran nación americana. Cada una de ellas corresponde a uno de sus presidentes.

colección

MARABU ZAS









EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)
PRECIO EN ESPAÑA: 8 ptas. • Impreso en España - Printed in Spain